

La Ilustración Artística

AÑO XVI

BARCELONA 29 DE NOVIEMBRE DE 1897

NÚM. 831

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DERECHO DE PONTAZGO, cuadro de O. Lingner

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea. Recuerdos de un destripador*, por Emilia Pardo Bazán. — *José María de Pereda*, por F. Moreno Godino. — *El pintor Arnaldo Böcklin*, por A. — *Corte de cuentas*, por Eduardo de Palacio. — *Inundaciones de Valencia. Regreso del general Weyler á España. Nuestros grabados. Miscelánea. Problema de ajedrez. Mi tío Juan*, novela (continuación). — *Rodolfo Ferrari*. — Libros recibidos.

Grabados.—*Derecho de pontazgo*, cuadro de O. Lingner. — *Excmo. Sr. D. Jacinto M.^a Cervera, obispo de Mallorca. José M.^a de Pereda*. — Medalla del jubileo de Arnaldo Böcklin. — *El centauro en la herrería*, cuadro de A. Böcklin. — *Inundaciones de Valencia. Llegada del general Weyler. La barca de Caronte*, cuadro de José Benlliure y Gil. — *El paso de una procesión en Sevilla*, cuadro de José Llovera. — *Elena Theodorini. Concetta Bordalba. Erina Borlinetto. Rodolfo Ferrari. Instalación de D. Hermenegildo Miralles en la Exposición de industrias modernas en Madrid.*



Excmo. Sr. D. Jacinto M.^a Cervera, obispo de Mallorca
† el 14 de noviembre de 1897.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

RECUERDOS DE UN DESTRIPIADOR

Empiezo por advertir que el destripador cuya historia voy á exhumar aquí, no es el mismo de quien escribí hace tiempo una novelita titulada *Un destripador de antaño*. La resonancia que estos días obtienen en la prensa las hazañas del atroz destripador francés Vacher, me han sugerido el recuerdo de cierto célebre destripador gallego, del cual podemos hablar sin miedo á que tropiece la pluma con los más repugnantes pormenores de la criminal leyenda transpirenaica. No faltan horrores en la que voy á referir, pero son horrores algo menos repulsivos, y entre ellos se desliza una nota cómica: la del buen sentido y la malicia.

Por lo pronto, la existencia, no de uno, sino de varios destripadores, en mi tierra y desde principios á mediados del siglo, demuestra que esos monstruos no son frutos podridos y envenenados de una civilización extrema, como por ahí se dice y repite, sino, al contrario, casos de regresión al fiero instinto natural, que pueden darse, y acaso se dan con más frecuencia, en regiones atrasadas. No era ningún *decadentista*, ni ningún refinado, el espantoso *Sacamantecas*; era sencillamente un bruto. El destripador gallego que voy á recordar, aunque rudo é ignorante, presenta la particularidad de no tener de bruto ni chispa: pertenece á la especie de los tartufos del crimen; como que su inteligencia y habilidad fueron tales, que logró embromar á los sabios, á los tribunales de justicia, al gobierno y á la reina, y evitar el condigno castigo, salvando la piel.

Esto sucedía hará unos cuarenta años. Hallándose trabajando en la villa de Escalona una cohorte de segadores gallegos, se presentaron al alcalde para avisarle de que entre ellos se encontraba un hombre de vida vagabunda, de profesiones muy diversas, á quien el rumor público acusaba de varios crímenes. Sinistra, muy sinistra debía ser la fama del segador para que sus paisanos se resolviesen á delatarle; pues el gallego teme más á la justicia que á los malhechores, y propende, antes que á denunciar, á encubrir. Pero el caso era extraordinario: tratábase de la desaparición y asesinato de muchas personas á quienes el asesino había «sacado el unto,» llevándolo á vender á Portugal, pues el unto «de persona» ya se sabe que posee virtudes mágicas, y los drogueros y boticarios lo pagan á peso de oro.

Arrestado é interrogado, el hombre prestó una declaración asaz curiosa: declaró que desde hacía años, por haberle maldecido su padre, por temporadas se convertía en fiera montés, empezando por quitarse la ropa y revolcarse en el suelo, desnudo, y hallándose transformado en lobo, con todos los instintos del lobo más carnívoro y sanguinario, acometiendo, destrozando y devorando á las gentes sin dejar más que los huesos, y aprovechando, para cometer tales desafueros, la fragosidad y aspereza de la sierra de San Mamed. Juntábase con otros lobos en manada y con otros hombres igualmente cambiados en lobos, y reunidos mataban y comían, durando tal situación hasta el día de San Pedro del año 1852, en que le constaba que los efectos de la maldición habían cesado, porque sintió extinguirse en su alma la sed de sangre y en sus nervios el impulso de muerte. «Nada temía yo — añadió el acusado — al realizar las matanzas, porque estaba seguro de que no me prendería nadie: me protegía mi mal sino, la fuerza misma que me impulsaba á asesinar. ¡Cuántas veces he oído atribuir á los lobos la muerte de los que yo había desgarrado con dientes y uñas..., y lo he escuchado en silencio!»

Esta declaración singular, que tanto juego dió después, y el hecho probado de la desaparición de varias personas, especialmente mujeres y niños, de quienes no se encontraba ni rastro, á quienes no se había vuelto á ver jamás, movió al juzgado de la villa de Allariz á encargar á cuatro médicos y dos cirujanos que reconociesen al procesado é informasen acerca de su estado mental. Yo me represento á los seis facultativos (ignoro si alguno de ellos vive todavía) conferenciando entre sí y sonriendo con esa sonrisa peculiarmente galaica que suele dilatar la faz de D. Eugenio Montero Ríos — sonrisa apacible y finísimamente escamona, que es un poema de penetración y de sutileza. Creed que si hay cosas difíciles en el mundo, la más difícil es pegársela á un gallego. — Acerca del *Hombre-lobo*, redactaron los médicos un informe contundente, verdadero documento de psicología. Estudiaron de un modo sucinto, pero á fondo, el carácter de aquel criminal que no ofrecía señal ninguna de enajenación, que gozaba de salud excelente, que poseía más que mediana inteligencia, que revelaba profunda hipocresía en su humilde apostura y continuos alardes de devoción y religiosidad, rosario en mano y rezos en boca. En vez de locura, lo que observaron en Blanco fué bellaquería y disimulo; y en lugar del sino funesto determinado por la maldición paterna y la supuesta licantrópia, lo que vieron fué el sórdido interés, el cálculo mezquino, pero infernal, con que el *Hombre-lobo*, siempre necesitado de dinero, sacaba á despojado á sus víctimas después de seducirlas prometiéndoles colocación ventajosa fuera de su aldea, no sin persuadirlas á que antes vendiesen cuanto poseían y se llevasen el dinero consigo, y asesinandolas en lugar salvaje y desierto, donde los lobos se cebaban en los cadáveres, y á los lobos pudiese atribuirse la muerte. A la novela romántica de la conversión en lobo, sustituyeron los facultativos de Allariz la novela realista, mucho más verosímil, de una criminal y sórdida especulación.

En vista de este informe sentenció el juez á Manuel Blanco á pena de muerte, y en la Audiencia de la Coruña pidió la confirmación de esta sentencia el fiscal D. Luciano de La Bastida, quien señaló los móviles del único hecho que no se explicaba bien en tan dramático proceso: la confesión espontánea del criminal, que hubiese podido negar, no existiendo, como no existía, lo que algunos consideran cuerpo del delito; pues de las personas desaparecidas no se encontró más resto ni huella que un solo hueso comido en la espesura de un monte. La Bastida creyó que Blanco había confesado en el aturdimiento de los primeros instantes de su detención, porque se creyó perdido, y no vió más recurso que urdir una espeluznante novela á fin de revestir de inconsciencia sus meditados asesinatos; y también porque del seno de los grandes crímenes secretos se alza un eco sordo, una voz sin cuerpo, que todos oyen y que á nadie se refiere, que marcha con el criminal y que le envuelve en su atmósfera: y esta aura zumbaba insinuante alrededor de Manuel Blanco, á quien, sin que se precisase el motivo de sobrenombre tan extraño, conocían todos por «el del unto.»

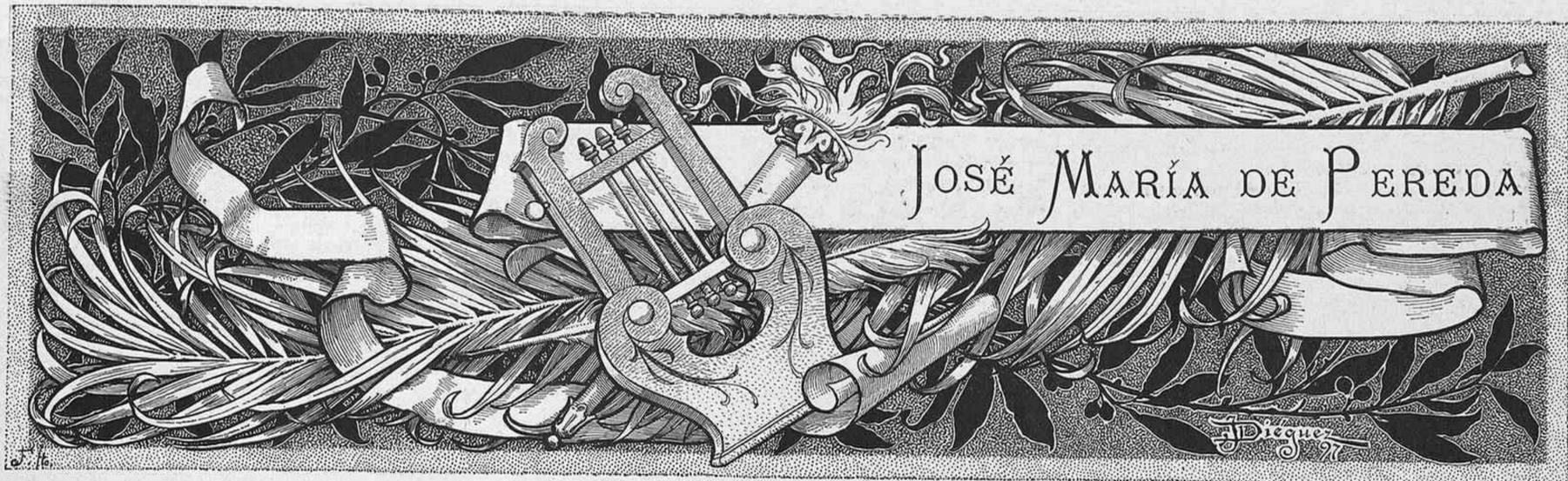
Así el proceso y á dos dedos del patíbulo el *Hombre-lobo*, como el relato de su extraña historia se divulgase mucho en los periódicos y resonase hasta fuera de España, cátese que aparece en escena un sabio francés trayendo á la causa los elementos de ofuscación del sentido común que á veces, por obra y gracia de la sabiduría, introducen los sabios en las cosas más claras y evidentes. Llamábase el tal M. Philips, y se dedicaba á dar lecciones experimentales

de lo que él nombraba *electro-biología*, y que, si no mienten las señas, era ni más ni menos que lo que hoy se llama *sugestión hipnótica*, pues los experimentos realizados por M. Philips en las sesiones de su curso, se parecen como dos gotas de agua á los que se cuentan de Charcot en la Salpêtrière, cuando no á los ejercicios de fascinación de Onofroff en los teatros. Apoyándose en la base de sus experimentos y de su nueva ciencia, el Sr. Philips, en comunicación dirigida al ministro de Gracia y Justicia, sostenía la posibilidad de que un hombre se crea convertido en lobo, de que destroce á otro con los dientes y las uñas, de que se vuelva antropófago, y de que, en vez de criminal, sea un pobre loco digno de lástima. Y á pesar de las objeciones muy razonadas del Fiscal, no se necesitó más que esta comunicación del magnetizador francés para que subiese en la balanza de la opinión el platillo de la clemencia. Los nueve ó más horribles asesinatos, cuya verdadera forma y cuyos cruentos detalles sólo las encinas y los riscos de la sierra podrían referir, pues nadie más los presenció, no justificaron la última pena impuesta por los tribunales; esparciáse ya el concepto de identidad de la locura y el crimen, y aún no se había cortado el nudo gordiano como lo cortan los criminalistas de hoy, que si opinan que todo criminal es un demente, también entienden que el loco por la pena es cuerdo, y han bautizado con el nombre de *eliminación* lo que antes se llamaba *castigo y vindicta pública*.

Después de una defensa en que salieron á relucir todos los casos de errores de la justicia cuando condenó á inocentes, y todos los casos de vesania, perturbación y monomanía registrados en los libros de medicina; como la Audiencia de la Coruña insistiese en pedir garrote para Manuel Blanco, el movimiento de la opinión, provocado por la comunicación de M. Philips, fué tan decisivo, que la reina Isabel II indultó al *Hombre-lobo*, conmutando la pena capital por cadena perpetua. Y el destripador ingresó en presidio, siempre humilde, siempre con los ojos bajos, siempre rezador, siempre dedicado á hacer calceta y á referir, con una especie de crudeza bíblica, el modo que había tenido de despedazar á sus víctimas.

Leída casi á medio siglo de distancia esta causa que oí narrar como pavorosa conseja en mi niñez, siento — y por qué no decirlo? — una impresión de comedia semejante á la que noto al recorrer otros procesos modernos, donde los criminales y sus defensores se convierten en novelistas sensacionales para despistar ó burlar á la justicia humana. Tal vez sea cierto que hoy ha desaparecido la fe en lo maravilloso, la creencia en cosas peregrinas y fuera del orden natural; sin embargo, la maravillosidad, instinto jamás vencido, se ha refugiado y atrincherado en los dominios de la administración de justicia, especialmente en las causas criminales. Cualquiera paparucha que se disfrace de histerismo, de monomanía, de perversión, de alucinación; cualquier cosa que la razón no pueda explicar y que repugne al buen criterio, conviértese en baluarte inexpugnable donde el defensor se ampara y lucha, antes por la vida, hoy hasta por la absolución del reo, mañana tal vez por su recompensa. Parecerá que estoy rehabilitando teorías añejas y principios casi arrinconados si digo que la parte de la responsabilidad moral y del libre albedrío son mucho mayores de lo que se cree; que los criminales en general disciernen muy bien lo que hacen y saben que es malo; que las anomalías y las vesanias capaces de obscurecer enteramente el juicio son menos frecuentes de lo que se supone, y que abunda más la iniquidad que la insensatez y el desvarío. No es moda pensar así, pero yo no tengo la culpa de haber encontrado en mi vida infinitamente más pícaros redomados que maniáticos impulsivos, y sobre todo, de haber visto que los maniáticos impulsivos, cuando se trata de su conveniencia, aciertan muchas veces á dominar los impulsos ciegos de la manía, sin que los casos especiales que en contra se podrían citar sean más que raras excepciones. Por eso, al cabo de tantos años, al desenterrar en estas páginas el recuerdo de la un tiempo célebre causa del *Hombre-lobo*, muy propia y adecuada para dar cimiento de aire á las lucubraciones de algún lombrosista, me complazco en desagaviar la memoria de aquellos seis honrados, cuerdos y sagaces cuanto modestos facultativos de Allariz, tratados poco menos que de asnos con orejas por los que entonces empezaban á hacer pinitos filosóficos, y también la de D. Luciano de La Bastida, á quien conocí mucho y que era un jurisconsulto serio, no obstante lo cual lo arrolló y derrotó M. Philips con su *electro-biología*, ciencia que los formales magistrados que concurrían á mi casa de tertulia no dejaban de llamar irreverentemente *una mojiganga*.

EMILIA PARDO BAZÁN



JOSÉ MARÍA DE PEREDA

I

La *semblanza* es un nuevo género literario especial y estereotípico que debe revelar ó por lo menos reflejar el carácter, la vida íntima, la historia del corazón, los hechos y movimientos materiales del personaje que la motiva, para que sobre todas estas cosas juntas ó por cada una de por sí deducir el ciclo trabajoso ó esplendente, las gradaciones psicológicas por que ha tenido que pasar y las causas predisponentes ó congénitas de la labor científica, literaria ó artística del que da á luz las producciones de su entendimiento y las lega á la posteridad. Muchos artífices de la inteligencia, la mayor parte, se han prestado ó se prestan á este análisis investigador, pues han llevado una vida agitada y comunicativa, que forzosamente ha tenido que trascender á la vida general. Por muy *altruistas* que sean, por poco que se revelen en sus obras, siempre descubren en éstas algún rincón de su espíritu. Balzac se ocultaba mucho detrás de sus creaciones; pero en cambio se desbordaba comunicativamente en su vida particular, y nada hay que decir de Alejandro Dumas, que antes y después de darlos á luz vivía y se asimilaba á sus *tipos*.

Respecto á nuestros escritores, muchos han sido pobres, rayando en la miseria; algunos, si bien no desamparados de fortuna, impulsados por su carácter aventurero, como Byron, como Espronceda y como el duque de Rivas, han pasado por apuros y han sufrido peripecias, que constituyeron en ellos una existencia animada, pintoresca, que se presta á los anecdóticos y variados matices de la *semblanza*.

Pero hay dos publicistas que no la tienen; Pérez Galdós y Pereda: el uno por carta de menos y el otro por carta de más. En el carácter del primero, reservado, ó mejor dicho, ensimismado, refractario á la expansión y que es una esfinge aun para las personas á quienes trata con más frecuencia y confianza, no hay más que un solo conato de dejarse traslucir, anihilándose al propio tiempo: una de sus novelas, *El amigo Manso*, comienza con un raro prólogo ó introito que concuerda con el carácter del protagonista de su obra y con el que el autor presenta á la investigación de sus amigos y admiradores.

En un párrafo de este prólogo, ó lo que sea, dice Pérez Galdós:

«Soy (diciéndolo en lenguaje obscuro para que lo entiendan mejor) una condensación artística, diabólica, hechura del pensamiento humano (*Ximia Dei*), el cual, si coge entre sus dedos algo de estilo, se pone á imitar con él las obras que con la materia ha hecho Dios en el mundo físico... Quimera soy, sueño de sueño y sombra de sombra, sospecha de una posibilidad..., y recreándome en mí no ser... me pregunto si el no ser nadie equivale á ser todos, y si mi falta de atributos personales equivale á la posesión de los atributos del ser.»

Esto ha dicho Pérez Galdós, quizá retratándose á sí propio; en cuanto á Pereda, tal vez podría decir de sí mismo:

«Yo soy los que soy: tengo la fantasía de diez hombres y los nervios de cuarenta. No me preguntéis lo que he hecho ni lo que hago. Ando y bullo como los demás, sin darme cuenta á mí mismo. Me parece

que si soy algo, soy como el viento del Sur descrito por mí en *El sabor de la tierra*, subo, bajo, sufro, me retuerzo, me comprimo ó me expansiono inconscientemente. A veces me creo niño, á veces me siento hombre, á veces pierdo el equilibrio de la vida y á veces me supongo más firme y seguro que los demás. Hay ocasiones que me parece que tengo alas y vuelo sobre los bosques y sobre las cañadas, tras-

material no ofrece historia, ni lances, ni peripecias. De su única campaña electoral y política, de la que se retrajo en breve como gato escaldado (permítaseme el símil), Pereda no habla nunca ó habla á disgusto, por más que le haya servido á guisa de preludeo para su precioso tipo *Don Gonzalo González de la Gonzalera*; ¿cómo, pues, averiguar nada en relación á un hombre que se olvida de lo que hace, recién hecho, y que hállase casi siempre en perpetua tensión de nervios?

Pereda, en su labor literaria (y hablo de ella de pasada porque así conviene para explicar algún tanto su genialidad), sabe ó ha presentado que la primera cualidad de todo narrador es la creación de tipos ó caracteres, y por esto pertenece á la pléyade de Cervantes, Walter-Scot, Balzac y algunos más, no muchos, que no nombro por no dar en prolijo. Esta parte de la producción literaria es muy difícil, si ha de hacerse con el equilibrio de la verdad, puesto que crear tipos monstruosos, abstrusos y fenomenales está al alcance de todo el que tiene un poco de imaginación; y aunque en las realidades de la vida no hay nada absolutamente falso, conviene no exhibirlo, pues aunque nadie duda de que existen sapos, á ninguno se le ocurre exponerlos en un estrado, en una jaula dorada, como á un pájaro vistoso y atractivo. Esta exposición de caracteres en la escena ó en la novela en que juegan los defectos, vicios y pasiones humanas, es escollo en que se estrellan los medianos y crisol en que se aquilatan las inteligencias privilegiadas. Los contrastes constituyen la ley universal; en toda producción literaria debe haberlos, pero tan bien sentidos y dibujados que parezcan *humanidades* y no *abstracciones*.

Pereda se cuida mucho de esta verdad típica.

Cuando la prensa, que desdeñó sus primeros trabajos literarios, se fijó por fin en ellos; cuando la pluma del insigne crítico Menéndez Pelayo le abrió las puertas del templo de la fama; cuando el voto de *amigos inteligentes* hizo creer que era un estilista notable, dióse el autor montañés á bosquejar las figuras que bullían en su rededor y á describir la hermosa naturaleza que tenía al alcance de su vista. Para esto tenía el ojo avizor y la mano hábil y firme.

Pero el diablo quiso tentar y alterar sus nervios, que vibran al más mínimo contacto. El estaba en su terreno, pero amigos y críticos de buena ó mala fe procuraron sacarle de él. Un revistero de un importante periódico (1) le dijo en cierta ocasión: «Señor Pereda, usted sólo pinta en su montaña, ¿por qué no sale usted de ella?»

Antes también había dicho una egregia escritora: «Pereda tiene un huerto bien regado, bien cultivado, oreado por aromáticas y salubres auras campesinas, pero huerto al fin, no extensa llanura ni dilatado parque;» y como estas excitaciones ó *punzadas* coincidían quizá con algún pensamiento del autor de *Sotileza* y de *La Puchera*, el nervioso estilista de Polanco, que, como hombre al fin, tiene su poquita levadura de vanidad, decidióse á salir de la montaña, y á limpiarse un poco de su bilis contra lo moderno, flagelando los vicios cortesanos y desdorando los cuarteles aristocráticos. Escribió *La Montálvez*; pero no tuvo, como siempre, modelos que diesen seguri-

(1) Bofill.



JOSÉ MARÍA DE PEREDA
célebre novelista y Académico de la Lengua

pongo la orilla del mar, pero no puedo engolfarme en él; pretendo salir del círculo de Popilio de mis montañas, y mis alas se hacen pesadas y voy cayendo, cayendo, y esto me desespera. Señor preguntón, no me preguntéis nada; mi vida material es como la de todos: en ella habrá incidentes que yo olvido y quiero olvidar.»

Así pues, con hombres que han dicho ó deben decir cosas parecidas á las consignadas en los párrafos anteriores, no hay *semblanzas* posibles; y digo *hombres*, pues respecto á entrambos *escritores*, analizar y juzgar (mal ó bien) sus obras, tarea es que han hecho muchos y que podría llenar volúmenes.

Un crítico de Pérez Galdós compara á éste con un río grande que corre con la serenidad de los grandes ríos; porque *el río cuanto más hondo oculta mejor el fondo y aparece más sereno*; yo asimilo á Pereda con el viento impetuoso tan bien descrito por él. ¿Cómo, pues, asir el agua ó el viento?

II

Como Pereda ha vivido siempre de su fortuna, más que pingüe, y como sólo ha salido incidentalmente y por poco espacio de tiempo de la encantadora comarca en donde tiene su residencia, su vida

dad á su pluma-pincel; las figuras que intentó retratar saliéronle borrosas por la lejanía y por la falta de constante observación; y aunque hizo pasmosos esfuerzos de intuición, él mismo comprendió que sus incitadores y su relámpago de orgullo le llevaban por sendas escabrosas y desconocidas.

Esta contrariedad en el éxito de una obra de empeño, tívole agitado durante mucho tiempo, ¡qué digo agitado!, epiléptico y rayano en la locura. Quizá sintió las convulsiones de la impotencia literaria y la contrariedad de aquel *non plus ultra*, puesto en la cresta de sus montañas y en las playas de sus mares.

Sosegóse por fin algún tanto, puesto que por completo es imposible. Su gran instinto literario hízole comprender la injusticia de sus embozados detractores; pues, en efecto, el mérito de una obra de imaginación no se mide por la mayor ó menor extensión del espacio en que se desarrolla, y la descripción de las costumbres regionales con sus mares, sus cumbres y sus campiñas, vale tanto, acaso más, que el microcosmos de los centros populosos. Mas aunque sosegó el nervioso y sentido escritor los anhelos de su conciencia literaria, tardó bastante tiempo en volver á tomar la pluma; bien así como el milite herido en campaña que tiene que pasar por la convalecencia. La mayor parte de los biógrafos de Pereda convienen en que éste se asemeja físicamente á Cervantes, y yo mismo he tenido ocasión de comprobar este parecido. De seguro sentaríanle bien al castellano de Polanco la gola, el jubón acuchillado, el ferreuelo al hombro y la espada al cinto que usó el cautivo de Argel. Y si en lo físico se parece á Cervantes, antójase que en su parte moral é íntima Pereda tiene no poco de D. Quijote. El héroe caballeresco, por muy abstraído que estuviera en su locura, debió resentirse de los golpes de las aspas de los molinos, de la paliza de los yangüeses, y sobre todo de las pedradas que partiendo de los formidables ejércitos de Bradarbarán, de Boliche y de Pentapolín *del arremangado brazo*, dejáronle casi sin dientes y con dificultad de yantar; y sin embargo, impulsado por sus generosos ideales, proseguía sus aventuras que tantas desventuras le valían. De igual suerte Pereda, á quien la concepción, parto é impresión de sus libros proporcionan punzantes malos ratos y desazones, motivadas por las nerviosas excitaciones de su carácter, sigue escribiendo por lujo; movido por esa predestinación de los grandes artífices del entendimiento.

Y ¡cosa rara!, el axioma de que *el estilo es el hombre* no reza por extraña excepción con el novelista montañés; porque ¿quién presumiría que de un manojo de nervios en tensión pudiera salir tanta página tan sosegada, tan correcta y bien aderezada?

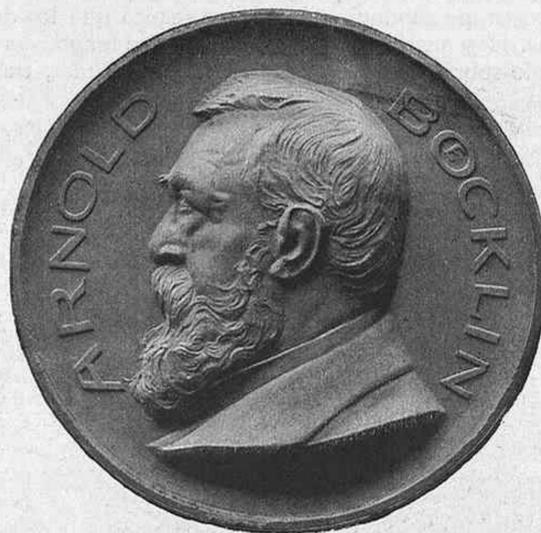
Además de su cuidado en el dibujo de los tipos de sus obras, Pereda tiene que vencer otra dificultad que se ha impuesto á sí propio. Existen dos escuelas en las producciones literarias y artísticas: la una da preferencia casi absorbente á lo humano sobre la naturaleza; la otra, por exceso contrario, pone al paisaje ó la descripción arquitectónica ó suntuaria sobre el hombre: pues bien; Pereda, con su instinto de perfección, no prescinde de ninguna de estas dos tendencias y pone todo su conato en equilibrarlas; en lo cual, á mi juicio, obra grandemente; puesto que lo humano no podría existir sin lo natural, y esto sin la vida de la inteligencia sería una especie de caos. Además, Pereda no es sólo el paisajista que ve el panorama de la naturaleza, sino que la siente, se identifica con ella y la llama en su auxilio para dar mayor realce á sus escenas y personajes, como en la catástrofe con que es castigado *por do más pecado había el avaro de La Puchera*.

Algún biógrafo del novelador de Polanco ha dicho, para probar la necesidad que siente éste de escribir, que no bien creyóse autor, se dedicó á estudiar con encarnizamiento náutica, botánica y agricultura, para apoyarse en ellas en la concepción y expresión de sus obras; lo cual no es verdad: Pereda, espíritu observador, y en el ocio que proporciona en el campo la fortuna, sabía todas estas cosas y algunas más antes de llenar su primera cuartilla. También un crítico atrabiliario le reprocha, aunque veladamente, su dominio sobre la naturaleza que le rodea y que le sirve como de andamio para la estructura y decoración de sus obras; reproche gárrulo, á mi juicio, y que equivaldría á motejar al caballeresco Esplandián porque llevaba en la mano una espada de fuego voraz é inextinguible, con la que abrasaba los muros de las fortalezas que embestia; ó á la reina de Sabá, que se presentó á Salomón envuelta en galas y cubierta de joyeles para mejor enamorarle.

Pereda sufre mucho y se sobrexcita al concebir sus obras y darlas forma; pero necesita escribir: es como los grandes enamorados que gozan en lo que padecen. Es el titán de los nervios, cualquiera con-

trariedad le exalta con resquemores de niño, ve baches donde no los hay, golpea con el bastón las puertas y esquinas que encuentra á su paso, y en alguna ocasión se ha quejado de que se le olvidaba el pie que debía adelantar para moverse. Algún creará al saber estas particularidades que el gran novelista debe ser hombre de genio atrabiliario y casi ferroz, y á este propósito escribe Pérez Galdós estas ó parecidas palabras: «Pereda es carlista; si D. Carlos llegara á reinar, y eligiera por gran canciller al hombre de más ingenio de su partido, habría en España una libertad rayana en anarquía.» No, Pereda tiene un corazón excelente; es un arcaísta político que por modo nuevo quisiera amalgamar las ideas antiguas y los adelantos modernos. El desquiciamiento en que según su apreciación hállase la sociedad, y el ansia de perfección que quiere dar á sus producciones literarias, con algo de *voluntad virgen* del que no está acostumbrado á contratiempos ni contrariedades, le atormentan continuamente; pero sin que sus malos ratos repercutan en los que le rodean y tratan.

El castellano de Polanco ha sufrido recientemente una gran desgracia y ha obtenido la sanción oficial de sus merecimientos literarios; acaba de ingresar en la Academia de la Lengua Española, vistiendo lutos por la muerte de un hijo.



Medalla mandada acuñar por la Comisión del jubileo del celebrado pintor Arnaldo Böcklin, en Basilea.

Modelo del pintor Hans Sandreuter, de la misma ciudad



Y aquí termino todo cuanto puedo decir de don José María de Pereda.

Así, pues, este trabajo mío no es una historia, porque el célebre novelista no la tiene; no es tampoco una semblanza, pues le falta el requisito de intimidad que exige dicho género de narración; ni mucho menos una crítica literaria, que no encaja en este lugar. Plegue á Dios que por arte de birlibirloque sea por lo menos como una humilde violeta entrelazada á la espléndida corona de laureles-rosas que la opinión culta y la alta crítica han ceñido á las sienas del eximio escritor montañés.

F. MORENO GODINO

EL PINTOR ARNALDO BÖCKLIN

Este notable pintor nació en 1827 en Basilea, donde su padre tenía un comercio. Más aficionado al estudio del arte que al de las ciencias y las letras, trasladóse en 1846 á Dusseldorf, en cuya célebre Academia hizo sus primeros ensayos, dedicándose con preferencia al paisaje. Pasó luego á Bruselas, de allí á París y últimamente á Roma, y perfeccionado ya como artista pictórico en estos viajes, regresó á su ciudad natal, donde se le encargaron algunos trabajos. Hizo después un viaje á Munich y en 1860 fué nombrado catedrático de la Escuela de Artes de Weimar, ciudad en la cual pintó sus célebres cuadros *Diana cazando con sus ninfas* y *Castillo en la costa incendiado por los piratas*. Cansado de su residencia en Weimar, regresó de nuevo á Basilea y allí pintó en la escalera del Museo los tres grandes frescos *La fuerza creadora*, *Flora y sus hijos* y *Apolo en su cuadruga*. Otra vez en Munich, pintó una larga serie de cuadros para la galería Schak. De 1874 á 1885 residió en Florencia; en este último año fué á vivir á Zurich, donde pintó entre otros cuadros el famoso titulado *El centauro en la herrería*, cuya reproducción incluimos en este número. Desde 1892 vuelve á residir en Florencia. Para celebrar el septuagésimo aniversario de este notable pintor, tan elogiado por unos como criticado por otros, se constituyó en Basilea un comité especial que hizo acuñar en su honor la medalla representada en el anterior grabado. — A.

CORTE DE CUENTAS

— ¿Ha observado usted que en los Estados Unidos de América todo es grandioso?

— Sí, señor.

— Cuando se declara un incendio, que según leo, también allí «se declaran» como aquí, lo mismo que los enamorados, perecen las personas por millares. «En la calle 425.712 se declaró un violento incendio, que en media hora había destruído 54.715 casas. Las pérdidas materiales ascienden á seis millones de arrobas esterlinas,» y siempre lo mismo.

— Sí, señor; pero aún es más grande lo que ocurre en esta casa.

Este diálogo sostenían dos pupilos en la casa de doña Mónica, que «no era de huéspedes,» según los anuncios, aunque la dueña de aquel asilo retribuído hubiera dedicado su juventud á la cría de estudiantes y funcionarios públicos baratos.

Los que hablaban así eran D. Celestino, señor retirado del todo, y Serafín, muchacho modesto, obscuro de carácter y por «la color tostada de su rostro,» café con leche y gotas de tinta de China; pequeño que parecía un borrador de hombre.

Era poco ó nada comunicativo, triste, pero cortés.

Porque, como decía D. Celestino, lo cortés no quita á lo melancólico.

Y aducía como argumento:

— Ya ven ustedes ú oyen el cante andaluz, que al par que alegre, enternece, según dicen los peritos; y es claro, con esa mezcla cualquiera «toma la tajada.»

Serafín había venido á Madrid para leer un drama á la empresa del Español y pretender una colocación decorosa.

Pagaba puntualmente su pupilaje en los primeros meses, lo cual revelaba cierta holgura irritante para los pupilos serios y principalmente para D. Celestino, que exclamaba:

— ¡Paga y vive y aún está triste! Es un imbécil.

— No lo crea usted, replicaba doña Mónica, es un ser espiritual y soñador.

— ¡Soñador! Sonámbulo será.

— Yo creo haberle entendido: ese joven no es de este mundo.

— Señora, es usted más tonta que un kilo de almejas. Yo le daría mi reuma para que se divirtiera.

La dueña de aquel asilo, llamémosle así, tenía «los ojos puestos» en Serafín. Era su pupilo favorito y procuraba adivinarle los gustos.

Esto redundaba, en ocasiones, en perjuicio de los otros pupilos, que protestaban.

¿Que Serafín pedía bacalao en salsa con patatas?

Bacalao había para todos.

— Doña Mónica, decía el retirado en nombre de todos los «damnificados,» si pudiera usted suprimir el bacalao, ó cuando más, dárnosle á turno tercero, se lo agradeceríamos, porque estamos comiendo bacalao desde nuestra «más tierna infancia.»

— ¡Ay! Qué mal gusto tienen ustedes, menos don Serafín, que se muere por el bacalao.

— Ya se sabe, señora. ¡Por vida de D. Serafín!

— ¡Buenos están los tiempos para cambiar el menú diariamente! Se deja una todas las mañanas un dinerito en la plaza.

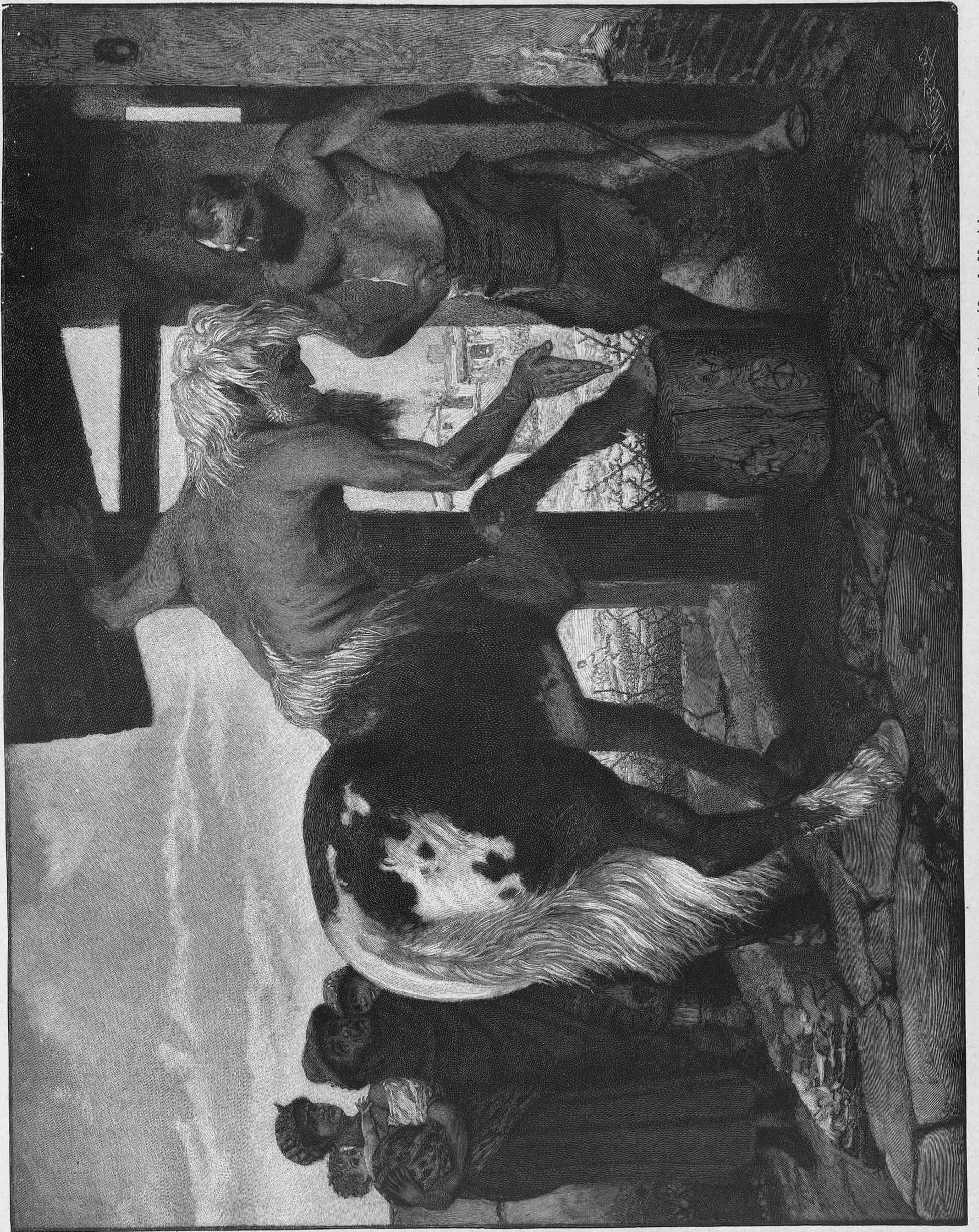
— Lo creo.

— Por su salud de usted, que es verdad lo que digo.

— No, no, por mi salud, no; por la de D. Serafín.

— Vaya.

— ¡Ojalá llegara á costar un panecillo cinco duros oro!



EL CENTAURO EN LA HERRERÍA, cuadro del célebre pintor A. Böcklin. Reproducido por la «Unión fotográfica de Munich»



INUNDACIONES DE VALENCIA. - PLAZA DE SAN FRANCISCO, según fotografía de Antonio García

- ¡Qué atrocidad!
 - ¿No puede usted darnos un día bacalao y otro callos, y otro patatas y otro dinamita, para variar?
 - Pero, D. Celestino...
 - Estamos devorando en silencio, diariamente, bacalao de cartón piedra, y guisote de cabrito apócrifo todo piltrafas, que parece que comemos recortaduras de paño pardo.
 - Hijo, se ha hecho usted muy delicado.
 - Mucho.
 - Ya ve usted; en cambio D. Serafín...
 - ¡Dale! Señora, respétese usted un poco más.
 Y hablando con otros pupilos, decía D. Celestino:
 - Estamos sirviendo de acompañamiento.
 - ¡Qué bárbaro es este D. Celestino!, pensaba alguno.

Pero en el fondo todos estaban conformes. Serafín, cada día más taciturno, llegó a inquietar a doña Mónica.

¡Cuántas lágrimas arrancó la pesadumbre del joven, de aquellos «preciosos ojos patroniles!»

Adoraba a su pupilo y todo se lo perdonaba, hasta el pago del pupilaje, que había cesado hacía cuatro meses.

- ¿Qué importa?, pensaba, los otros pagarán por él.

- Serafínito, entre nosotros no puede haber cuentas, le dijo un día en que el pundonoroso joven se disculpaba por su retraso.

Él sonrió como agradecido a tanta bondad y para corresponder.

Aquel corte de cuentas era una prueba de amor inmenso.

Como D. Celestino era el que más confianza inspiraba a doña Mónica, entre todos los pupilos, con él hablaba algunas veces, respecto a Serafín.

- A mí, respondió el retirado, cuando supo lo del corte de cuentas, lo que me interesa es que se me sirva bien, que para eso pago mis dos pesetas diariamente, días festivos inclusive; pero esto ya no es casa, es una tienda-asilo. Por lo demás, que ustedes vivan como dos tórtolos de la Edad media, ó de más de la Edad media, contando solamente la de usted, nada me importa.

- Como Herodes y Pilatos.

- O los amantes de Teruel.

Pero ¡ah! que doña Mónica delectaba en el porvenir alguna desgracia.

Serafín salió un día de la casa paterna de la patrona, después de despedirse cariñoso de doña Mónica.

- Hasta luego, la dijo, y todavía con-

tinúa esperando aquella mujer tierna y pasional y consecuente.

- Me alegro, la dijo D. Celestino. Bastante tiempo han abusado ustedes de nuestra salud.

EDUARDO DE PALACIO

INUNDACIONES EN VALENCIA

Las lluvias torrenciales é insistentes de las últimas semanas han producido en varios puntos de España inundaciones y desbordamientos de ríos causa de graves daños en personas y bienes, pero donde estas últimas han revestido el carácter de verdadera y dolorosa catástrofe ha sido en Valencia y su provincia. La inundación ocurrida en la segunda semana de este mes ha llegado á tal extremo que, según dice un periódico local, «sólo es comparable á la sobrevenida hace más de tres siglos, el año 1516, en que las

chos barrios, y al mediodía estaban inundados las alamedas de Serranos, la calle de Sagunto, parte de la barriada de San Vicente, la Alameda, el cuartel y la iglesia de Santo Domingo, la plaza de San Francisco y otros puntos. El peligro era tan inminente y la situación de parte del vecindario tan angustiosa, que se pidieron barcas al Grao para salvar vidas, ya que no haciendas, y acudiendo éstas en número de unas cuarenta, prestaron inapreciables servicios, portándose los marineros que las tripulaban con verdadera heroicidad.

La barriada de Marchalenes es una de las que más han sufrido. Como la parte de esta barriada a la salida del puente de San José forma hondonada con gran depresión, por allí se precipitaron en su desbordamiento las aguas, anegándola en brevísimos instantes. Desde el citado puente al de la Trinidad, por el camino del llano de la Zaidia hasta Marchalenes, la inundación se nivelaba con la altura del río,



INUNDACIONES DE VALENCIA. - PUENTE DE SAN JOSÉ, CUANDO HABÍAN DESCENDIDO LAS AGUAS DOS METROS, según fotografía de Antonio García

aguas llegaron hasta la plaza de Santo Domingo y el vecindario abandonó sus casas, huyendo por las puertas de Poniente.»

La avenida del Turia, río que por lo general arrastra poca agua en las cercanías de Valencia á causa de las numerosas sangrías que en su curso se le hacen, fué espantosa, habiendo subido su nivel en términos que apenas dejaba medio metro de luz en los ojos del puente de la Trinidad. La fuerza tremenda, la impetuosidad de la corriente eran tales, que, según aseguran testigos presenciales, precisaba ver el río para convencerse de que el estrépito incesante y ensordecedor del oleaje no era el del mar agitado por la tempestad. Como ocurre en casos análogos, las aguas arrastraban árboles arrancados de cuajo, maderos, infinidad de objetos domésticos y hasta una barraca entera, constituyendo al quedar detenidos en los pilares de los puentes otros tantos obstáculos que, á modo de poderosos arietes, amenazaban con su formidable empuje la seguridad de aquéllos, y tanto que el de la Sociedad Valenciana de Tranvías se desmoronó en parte.

Las tablas, maderos y vigas detenidos en los puentes de la Trinidad y el Real llegaron á cegar los ojos de ambos, y gracias á los esfuerzos de los bomberos y de algunos vecinos se logró separarlos, pues de lo contrario las aguas rebalsadas hubieran inundado aquellos barrios de la población.

A pesar de todos los esfuerzos no pudo evitarse que el líquido elemento se extendiese impetuoso por algunos de di-

desapareciendo los pretiles bajo las aguas. Todos los pisos bajos de las casas tenían más de un metro de agua y los vecinos hubieron de refugiarse en los altos. Para salvarlos, los bomberos fueron perforando tabiques de casa en casa, y bajándolos por la escala Porta. Muchos de estos beneméritos ciudadanos estuvieron trabajando animosamente largas horas con agua al cuello, y algunos sujetos por la cintura con largas cuerdas.

Prolijos por demás serían los detalles que de esta terrible inundación podríamos añadir. La prensa diaria ha dado cuenta de algunos, y por ellos se viene en conocimiento de la consternación natural así como de las pérdidas que ha causado en la ciudad del Turia y en su fezzaz campiña, siendo lo más sensible que á las materiales se ha unido la de algunas vidas de personas arrastradas por la corriente y ahogadas.

Los grabados que incluimos en este número podrán dar una ligera idea de la importancia de tal catástrofe, de la que los valencianos guardarán largo tiempo triste recuerdo.

REGRESO

DEL GENERAL WEYLER Á ESPAÑA

El día 18 del actual fondeó en el puerto de la Coruña el vapor *Montserrat* de la Compañía Transatlántica, á bordo del cual regresaba á España el general Weyler, ex capitán general de Cuba. Habíanse preparado en aquella ciudad, por distintas asociaciones políticas y amigos del general, algunas demostraciones y particulares festejos en su obsequio para darle la bienvenida; pero, consecuente con la promesa hecha á Barcelona de ser el nuestro el primer puerto que pisara al regresar de la gran Antilla, no quiso aquél desembarcar en la Coruña, y recibió á bordo las comisiones que se le presentaron con tal objeto. Estas comisiones fueron bastante numerosas, figurando en primer lugar las de los partidos carlista y republicano, á cuyas manifestaciones contestó el general con frases de agradecimiento y del más acendrado patriotismo, presentándose, antes que político, como soldado de la patria, dispuesto siempre á acudir dondequiera que ésta le necesitase. La negativa del general Weyler á saltar á tierra impidió

Zarpó el *Montserrat* con rumbo á Barcelona, adonde llegó en la mañana del 23 del mes corriente. Preparadas estaban para salir al encuentro del transatlántico así que se dirigiera en demanda del puerto, entre otras pequeñas embarcaciones, los remolcadores *Monserny* y *Toro*, fletados ambos por el Fomento de la Producción nacional, así como los vaporcitos-golondrinas, uno de ellos dispuesto por determinada asociación política y el otro por la familia del gene-

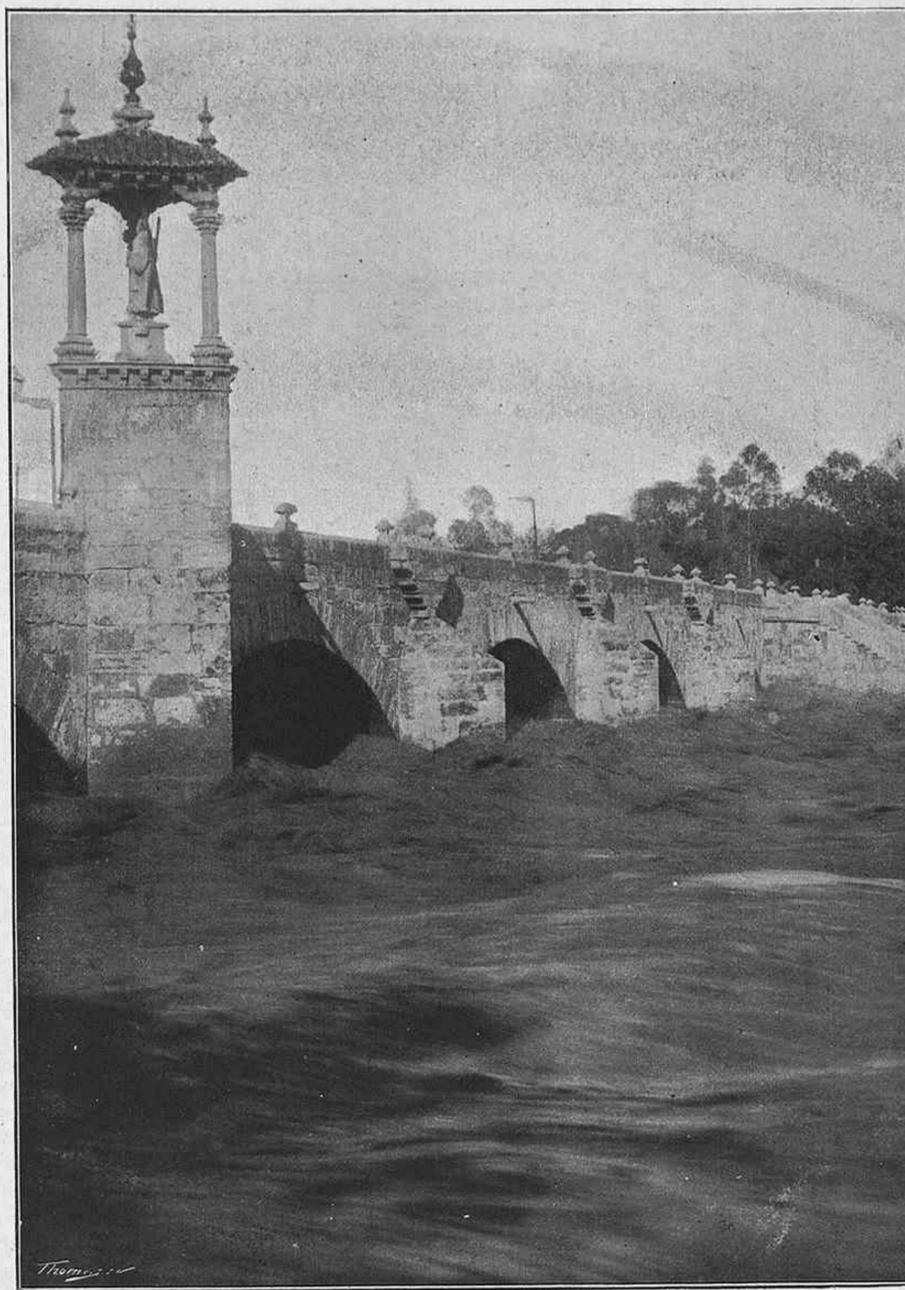
seuntes. Un grupo numeroso que se había reunido ante la casa del Sr. Puig y Saladrigas aplaudió con insistencia y prorrumpió en vivas al general Weyler, el cual, asomándose al balcón, dió las gracias á sus admiradores, y contestó con otros vivas á España, á Cuba española, al trabajo nacional en Cuba y á los obreros de Cataluña. Después se retiró el general, y la calle quedó despejada.

Los grabados que incluimos en este número, re-

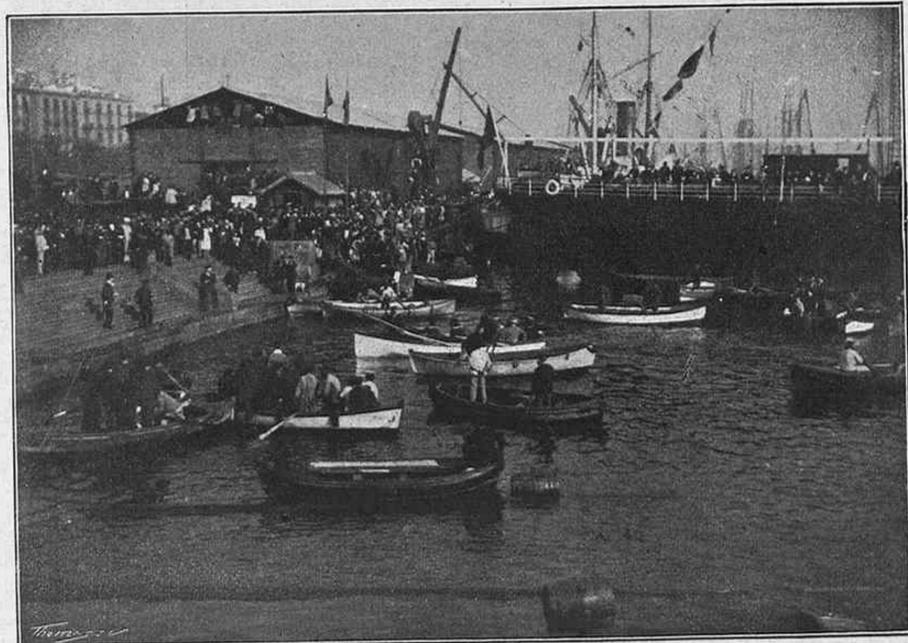
naron los primeros la cantata *Gloria á España* y el rigodón bélico *Los nets dels almogávors*, con acompañamiento de voladores y morteretes. Además de los citados vapores rodearon el transatlántico botes, falúas, esquifes y demás embarcaciones menores, varios de ellos engalanados. En los muelles y en la terraza del puerto había bastantes curiosos y los vapores *Cádiz* y *Pío IX*, de la casa Pinillos, *Miguel Jover*, *Jover y Serra* y *Menorquín* y dos costeros, además de estar empavesados, unían el ruido de sus sirenas á las músicas, coros y vivas.

Lo propio que en la Coruña, subieron á bordo á saludar al general Weyler, aparte de las autoridades y amigos particulares, diferentes comisiones que al cumplimentarle le hicieron algunas indicaciones acerca del estado en que dejaba la isla de Cuba; indicaciones á las que el general, que en este punto se mostró poco explícito, menos quizás de lo que debiera, se limitó á contestar que había tenido la seguridad, si hubiera continuado más tiempo en el mando, de terminar la guerra en mayo próximo, y haciendo hincapié en la cuestión de la autonomía arancelaria, manifestó reiteradamente acérrimo proteccionista y defensor de la producción nacional.

Terminada esta recepción á bordo con vivas á España, al rey, á Cuba española y á la producción nacional, desembarcó el general Weyler con todos sus acompañantes en el muelle de la Paz, donde había aglomerado un numeroso gentío del que partieron algunos aplausos y vivas, á los cuales contestó aquél con otros iguales á los anteriores. Ya en tierra, subió á un carruaje que le tenía preparado el Sr. Puig y Saladrigas, en cuyo domicilio pasó á hospedarse, y durante el trayecto desde el muelle de la Paz fué saludado cortésmente por los tran-



INUNDACIONES DE VALENCIA. - PUENTE DEL REAL, según fotografía de Antonio García



LLEGADA DEL GENERAL WEYLER Á BARCELONA
PREPARATIVOS DE DESEMBARQUE

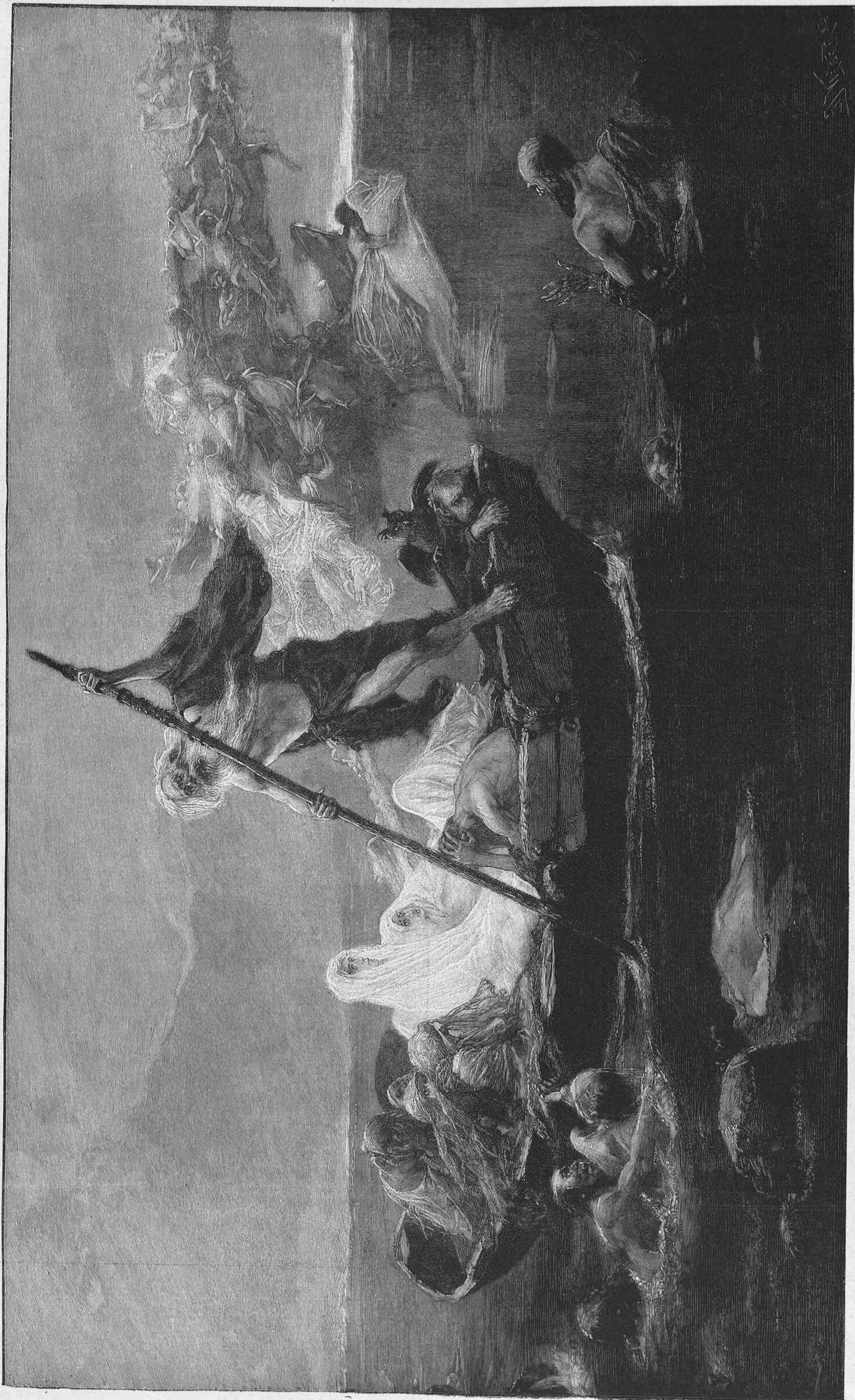


LLEGADA DEL GENERAL WEYLER Á BARCELONA
DESEMBARQUE EN LAS ESCALERAS DEL MUELLE DE LA PAZ EN BARCELONA

la celebración de los obsequios que se le tenían dispuestos, y únicamente desde las lanchas que rodeaban al vapor hubo vítores y aplausos para él y los generales y soldados que en número de 600 le acompañaban.

En el primero de dichos vapores se embarcaron, además de los amigos de éste, cuatro ó cinco sociedades corales con sus respectivos estandartes y una orquesta, que al llegar el *Montserrat* tocó la marcha de la zarzuela *Cádiz*, á continuación de la cual ento-

producción de fotografías instantáneas, sacadas por el hábil fotógrafo D. A. S. Xatart, representan los preparativos y el acto del desembarque del general Weyler y de sus compañeros de viaje en el muelle de la Paz.



LA BARCA DE CARONTE, cuadro de José Benlliure y Gil



EL PASO DE UNA PROCESSION EN SEVILLA, último cuadro del malogrado José Llovera



Derecho de pontazgo, cuadro de O. Lingner.—El cuadro de este distinguido artista alemán es una sencilla cuanto bella alegoría. Tres lindas muchachas, en toda la lozanía de su edad juvenil, intentan cruzar un arroyo por una tabla puesta entre ambas orillas; pero el Amor se opone resueltamente á su paso, amenazándolas con sus flechas, si antes no le pagan el derecho de pontazgo, esto es, si no se someten á su imperioso dominio. La amenaza no debe conturbar en gran manera á las doncellas, por cuanto reciben la intimación con placentera sonrisa, ¡aun cuando una de ellas parece hurtar el cuerpo á una probable herida del travieso Cupido. Y en verdad, á sus años, ¿quién teme un amoroso flechazo? El lienzo de Lingner es una gráfica representación de la primavera de la vida, y como tal lleno de suavidad y alegría y altamente simpático.



ELENA THEODORINI,
soprano absoluta del Gran Teatro del Liceo

Excmo. Sr. D. Jacinto Maria Cervera, obispo de Mallorca.—Aunque este venerable prelado figuraba ya como un varón eminente en el episcopado español, recientemente le dió gran notoriedad, como saben nuestros lectores, la cuestión surgida entre él y el ministro de Hacienda con motivo de la incautación por el Estado de los bienes del Santuario de Nuestra Señora de Lluch en la isla de Mallorca. El doctor Cervera había nacido en Pedralva, provincia de Valencia, en 1828, y después de seguir con gran aprovechamiento los estudios de la carrera eclesiástica y de servir varios curatos y canonjías, así en España como en América, fué preconizado obispo de Tenerife, diócesis que gobernó hasta junio de 1885. Al año siguiente se le nombró obispo de Mallorca, cuyo elevado puesto ha desempeñado con tanto acierto como apostólica energía y cariñoso aprecio de todos sus diocesanos hasta su fallecimiento, ocurrido repentinamente el 14 del corriente mes de una enfermedad del corazón. ¡Dios haya acogido en su seno el alma de este venerable prelado!

La barca de Caronte, cuadro de José Benlliure.—La idea que tenían los griegos de los ríos que suponían en el infierno, les sugirió la de la existencia de un barquero ocupado constantemente en transportar las sombras de los muertos de una orilla á otra. Este barquero era Carón ó Caronte, de quien se creía que era un viejo taciturno que apremiaba á las almas que debía conducir á la otra ribera del río Aqueronte y se mostraba cruel con aquellas que no tenían óbolo con que pagarle el pasaje, rechazándolas á las ondas con su remo. Era el infernal barquero la imagen despiadada y dura de la muerte, y los artistas griegos lo representaban con fisonomía horrible y repugnante, con orejas puntiagudas como las del lobo, nariz encorvada semejante al pico de un ave de rapiña, la boca abierta como la de un animal pronto á devorar y rasgada con júbilo feroz, y los ojos expresando también el júbilo maligno. Benlliure no ha dado tan repulsivo aspecto á Caronte, personaje principal de su notable lienzo, pero tampoco ha dejado de inspirarse acertadamente en la mitológica creencia, presentándolo en la figura de un viejo de lengua y blanca barca y desmelenada cabellera y de fisonomía dura y atrabiliaria. Aparte

de esto, todo el cuadro está impregnado de un ambiente tétrico, como debfa serlo para las acongojadas almas su traslado al reino de Plutón, y perfectamente adecuado al asunto, como no podía esperarse menos del renombrado autor de la *Visión del Coliseo*.

Artistas del Gran Teatro del Liceo.—Insertamos en este número los retratos de algunas de las principales artistas que en la presente temporada actúan en nuestro primer teatro lírico, como son los de la renombrada cantante Elena Theodorini, de la aplaudida Concetta Bordalba, ambas sopranos absolutas, y de la mezzo soprano Erina Borlinetto. De las dos primeras nada tenemos que decir, pues sobrado conocidas en todos los coliseos de Europa, incluso el del Liceo, en los que han conquistado siempre aplausos y renombre, huelga toda apreciación relativamente á su mérito. La tercera, Erina Borlinetto, se ha presentado por primera vez en nuestra escena desempeñando la *particella* de la princesa de Eboli en la ópe-



ERINA BORLINETTO,
mezzo soprano del Gran Teatro del Liceo

ra de Verdi *Don Carlo*, y desde luego ha merecido las simpatías del público por su voz fresca y bien timbrada, su buena escuela de canto, su dominio de la escena, y sobre todo por su visible deseo de agradar. Muy en breve se pondrá en escena la ópera *Gioconda* para el debut en esta temporada de la señora Theodorini; ópera que es una de las más notables creaciones de tan eximia artista, y en la que es de esperar que siga alcanzando los lauros que siempre ha conseguido.

El paso de una procesión en Sevilla, cuadro de José Llovera.—Este hermoso lienzo, último que pintó el malogrado artista catalán, fué expuesto en el Salón Petit de París, y tanto y tan merecidamente llamó la atención de inteligentes y profanos, que desde los personajes más elevados de la aristocracia francesa hasta los aficionados más modestos acudieron en interminable romería á contemplarlo. Como era de esperar de la admiración que causó y de la curiosidad que despertó, Llovera pudo venderlo por una suma de gran consideración. Y se comprende lo uno y lo otro, pues el asunto está tratado con gallarda maestría, las figuras, en alto grado típicas de nuestros climas meridionales, son simpáticas á la par que bellas; la luz, el ambiente, los propios de la hermosa Andalucía, y la indumentaria, que tanto realce da á los cuerpos de las donosas mujeres que engalanadas con sus trajes de los días de fiesta asisten desde un anchuroso balcón al paso de la procesión, perfectamente estudiada y exacta. Ningún detalle ha omitido el celebrado pintor para retrotraernos á los últimos años del siglo pasado y para representar una de las escenas populares de más castizo colorido español, y así los personajes como los adornos, las flores como los tapices, las imágenes sagradas en sus nichos como la arquitectura y ornamentación de los edificios, todo respira el aire de la hispana tierra. ¡Cuánto podía haberse esperado aún del renombrado artista, cuyos cuadros son la fiel reproducción de aquellos tiempos, si la muerte no hubiera venido sañudamente á segar en flor su laboriosa existencia!



Bellas Artes.—ROMA. — El Ayuntamiento de esa ciudad ha adquirido por el precio de 150.000 francos de renta al año la regia propiedad conocida por *Villa Borghese*, á fin de que subsista el hermoso parque, el palacio, museo, etc., que constituyen uno de los principales encantos de la capital.

MADRID. — En una tienda de muebles de lance ha descubierto poco ha un artista un cuadro de Murillo, procedente del colegio de San Francisco, que desapareció unos cincuenta años hace al demolerse aquel edificio. Es un retrato del arzobispo de Sevilla Pedro de Urbina de Calahorra.

Necrología.—Han fallecido: D. Manuel de Rancés, marqués de Casa la Iglesia, diplomático español. Courty, excelente grabador en talla, colaborador durante muchos años de la *Gazette des Beaux-Arts*, y autor de innumerables planchas reproduciendo obras maestras antiguas y modernas.



CONCETTA BORDALBA,
soprano absoluta del Gran Teatro del Liceo

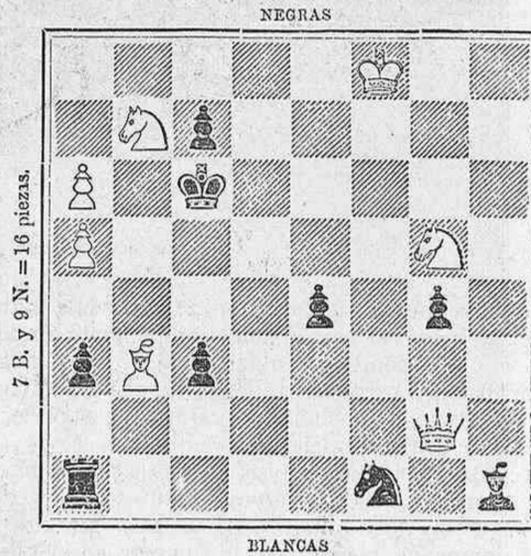
Juan B. Cavalcaselle, director general de Bellas Artes, pintor é ingeniero: tras una vida agitada durante los acontecimientos políticos del 1848 á 1861, colaboró con el escritor Crowe en varias obras, una de ellas la *Historia de la pintura italiana*, publicada en Leipzig.

Augusto Boulard, pintor francés, compañero de Dupré, Millet, Rousseau, etc., representante de la escuela de 1830: sus cuadros fueron una revelación para el público al exponerse el año pasado en la Galería Petit.

Martín Plud, joven compositor de verdadero talento, el más renombrado autor de lieder en Alemania, después de Love y Roberto Frantz.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 97, POR K. ERLIN (Viena)
Segundo premio del Concurso organizado por la Revista *Ruy López*.



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 96, POR A. F. MACKENZIE

- | | |
|-------------------|--------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. C3D | 1. R4D (*) |
| 2. D toma C jaque | 2. R toma D. |
| 3. C4D mate. | |

(*) Si 1. R toma C; 2. D4D jaque, C toma D; 3. C5R mate; — 1. T toma A; 2. D5AR jaque, R toma D; C7R mate; — 1. C toma PT; 2. D3A jaque, R toma D; 3. C5R mate; — 1. A4D; 2. CcR, y 3. A6D mate; — 1. C toma PC; 2. D5R jaque, y 3. D mate. La amenaza es 2. D5AR jaque, y 3. C7R mate.

Tiene otra solución que empieza con 1. P3AR jaque.

MI TIO JUAN

NOVELA ORIGINAL

DE JOSÉ L'HOPITAL, ILUSTRADA POR MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)



En tanto, Muterel, con las piernas separadas y las manos á la espalda, miraba cómo trabajaban sus operarios...

Aquellas ausencias casi continuas, aquella indiferencia respecto al país y aquel rompimiento impolítico con un hombre á quien todos consideraban, equivalían por parte de Santiago á un abandono completo de todo propósito electoral; por esta parte, el terreno quedaba despejado.

En cuanto á Tranchebize, se moría por momentos: el médico, tísico en último grado, se aprovechó de sus dietas de diputado y de su pase gratuito en los caminos de hierro para ir á buscar en el clima del Mediodía la prolongación de su existencia, fatalmente condenada; había encargado á uno de sus colegas que votase por él en la Cámara, y á Muterel que le reemplazase cerca de sus electores, y después se marchó á Niza. De allí regresó sin haberse aliviado, y ahora estaba ya en los últimos. Muterel no podía dudarlo, y este pensamiento colmábale de alegría, pues una vez muerto Tranchebize, ¿quién sería diputado sino él? ¡Oh, qué hermoso entierro civil le haría! ¡Qué magnífico pretexto para pronunciar un discurso; qué ocasión para mancillar al clericalismo, ensalzando la filosofía austera, el inquebrantable

ateísmo de aquel viejo campeón que..., de aquel incorruptible ciudadano que!..

«¿Y quién dirá todo eso? ¡Pues seré yo!» exclamó Muterel en voz alta, bailando casi, á la vez que golpeaba con su bastón los cardos que flanqueaban el camino.

Una vez debidamente enterrado el buen doctor, vendrían las elecciones, que por cierto no le inquietaban ya. ¡Hacia tanto tiempo que trabajaba el país!..

Y por otra parte, ¿no tenía en su apoyo la logia masónica del *Perfecto Silencio*, que no podía menos de hablar en su favor? ¡Vamos, vamos, el negocio era bueno, y seguramente Muterel entraría en el Palacio Borbón!

La vista de los campos que recorría aumentaba su contento; había llegado á las tierras de los Muriaux, y avanzaba lentamente en medio del rastrojo de un largo campo de trigo, entre dos hileras de apretadas gavillas, que se ostentaban soberbias y poderosas. Sus pajas, de un blanco luminoso, elevábanse rígidas, mostrando orgullosamente su ramo de espigas rojas, que parecían encenderse por los reflejos dora-

dos del sol, encorvándose unas sobre otras en abundante desorden, como doblegadas por el excesivo peso de sus granos.

— ¡Todo esto es dinero, y no poco dinero!, decía Muterel frotándose las manos.

Llegado al término de su viaje, encontró la carreta que venía á cargar todo aquel trigo; iba tirada por cuatro vigorosos caballos, cuyas colleras con gualdrapas azules realzaban más la forma del cuello, y conducida por el carretero, que colocado á la izquierda, con el látigo al hombro, estiraba las bridas. Las ruedas abrían surcos, crujendo continuamente, y oíase el sonido de las clavijas de hierro pendientes por su cadena del torno de atrás.

— Y bien, gritó Muterel al carretero, ¿qué tal marcha la cosa?

— No va mal, contestó el hombre deteniendo sus caballos; ahora comenzamos el tercer viaje.

La carreta se detuvo entre las dos hileras de haces; y cogiendo su horquilla con la mano derecha, el gavillero la arrojó como una jabalina. El instrumento fué á clavarse en una gavilla con tal fuerza, que

el mango de fresno retembló; después, mientras el operario se apeaba, el carretero, cogiéndose a la rueda, subió al vehículo para amontonar las gavillas.

Entonces comenzó la operación de cargar: con un movimiento igual y preciso como el del péndulo de un reloj, el gavillero clavaba la horca en una gavilla, elevábala con gran esfuerzo, la pasaba por encima del adral y dejábala caer en los brazos del carretero, que la colocaba en la carreta. Y hasta el fin del montón, las gavillas iban irguiéndose, trazando en el aire un surco de oro; mientras a su alrededor caía una menuda lluvia de granos sacudidos.

— ¿Pesa?, preguntó Muterel.

— ¡Ah, bastante!, contestó el carretero arreglando su carga.

¡A otro montón ahora!.. Los caballos reconcentran sus fuerzas, y sus cascos arañan la tierra; la carreta avanza con un balanceo majestuoso, y a medida que su carga se eleva, toma el aspecto de una montaña ambulante.

Muterel observaba aquellas operaciones mecidas por pensamientos cada vez más alegres. La vista de aquella riqueza era para él un motivo más de alegría, y su imaginación recorría con delicia los campos en una especie de soñolencia feliz, pasando de los sueños de ambición a los de la fortuna, a la vez que contaba y calculaba sucesivamente las embriagueces de la política y los seguros beneficios de la cosecha vendida. Su buen humor era tal, que siendo de ordinario amo altivo y duro, sin tener nunca para los obreros más que palabras de mando, de cólera ó de desdén, esta vez cumplimentó, cuando la carreta estuvo llena, a los dos hombres que delante de él habían manejado aquellas pesadas moles y que no pudieron menos de manifestar su asombro.

— ¡Bien cargado y bien apilado!, dijo Muterel.

De pie en el vehículo, el carretero contestó como para excusarse:

— No vale la pena hablar de ello; yo hubiera puesto un poco más; pero como el trigo pesa mucho, he desistido por causa de los caballos.

— Y has hecho bien, sin contar con que Juan Pablo hubiera tenido que esforzarse demasiado para tirar las gavillas a tanta altura.

El peón, aturcido un instante por aquel súbito interés, creyó, después de un momento de reflexión, que el amo se burlaba de él. Se encogió de hombros, y alargó su brazo musculoso, protegido por un brazaletes de cuero más arriba de la muñeca.

— ¡No es eso lo que molesta!, dijo con aire descontento.

— Es preciso atar ya, gritó el carretero; dame la cuerda.

Juan Pablo desató del torno la gruesa cuerda que, sujeta en la delantera, pasaba por debajo del vehículo; y después, colocándose junto al caballo de varas, tiró de aquella hacia sí, la arrolló, tomó su impulso y lanzóla sobre la carreta, donde cayó como una serpiente.

— ¡Bien por los hombres fuertes!, exclamó el carretero recibiendo la cuerda.

Después de tenderla en el centro del montón, de delante atrás, se suspendió de ella y deslizóse hasta el suelo; luego pasó la extremidad de la cuerda por el agujero del torno, y cogiendo una de las clavijas de hierro, dió la primera vuelta. La cuerda quedó tirante; el peón, apoderándose de la otra clavija, continuó el movimiento, y bajo el esfuerzo combinado de los dos hombres, aquella oprimió poco a poco la carreta, hundiéndose en los haces, cuya paja crujía.

— Le aseguro á usted que hay buen peso ahí dentro, dijo el carretero á Muterel, volviendo á sus caballos. ¡Vamos, Tomás, arriba! ¡Andando, Cocota!

Los cuatro cuadrúpedos se arquearon; un latigazo cruzó las piernas del caballo de varas, y la gigantesca mole se puso en movimiento, produciéndose un crujido de ruedas y rechinar de madera.

— ¡Procura tener prudencia cuando estés en el camino, gritó Muterel, y desconfía sobre todo de las hornagueras!

Y comenzó á seguir la carreta, lanzando bocanadas de humo de su pipa.

Cuando llegaron al camino que un surco bastante profundo, formado por las labores, separaba del campo, el carretero hizo retroceder un poco, y después, excitando á los tres caballos delanteros con un vigoroso latigazo, los lanzó hacia adelante. El vehículo bajó de golpe hasta el surco con las dos ruedas juntas y rebotó en el camino, produciendo un ruido sordo; entonces el conductor tiró de la brida bruscamente para contener los tres cuadrúpedos, y al mismo tiempo, dando un golpe con el mango del látigo en la testera, paró en seco el caballo de varas, que se dobló sobre los corvejones. Hecho esto, el carretero habló con suavidad á sus cuadrúpedos.

Los animales volvieron por sí mismos á la derecha;

las dos ruedas detenidas en medio del camino giraron, y la pesada carreta comenzó á rodar de nuevo.

— Hay hombres, decía el carretero al peón, vigilando al mismo tiempo para que las ruedas no tocaran en las hornagueras, que tratan mal á sus caballerías; pero si debiesen pasar por un surco semejante á éste con tan pesada carga de trigo detrás, ya sabrían lo que es bueno, joh, sí!

En la orilla del camino, tres pilas elevaban sus cúpulas amarillentas, las dos primeras terminadas y la tercera muy alta ya. Cuando se acercaban, cruzáronse con una carreta vacía que iba en busca de más gavillas, y una vez llegados allí comenzaron á descargar las que ellos llevaban.

De pie en lo alto de la pila, el gavillero, especie de Hércules de pelo rojo, recibía con la punta de la horquilla las gavillas que le alargaban desde la carreta, y haciéndolas girar sobre su cabeza, las arrojaba al apilador. El sudor caía en torno suyo como gotas de lluvia; algunas briznas de paja se habían enredado en su cabello rojizo; respiraba con fuerza, mostrando sus dientes, muy blancos, que oprimían una espiga de trigo, y como para desafiar el cansancio, sus ojos, de un azul pálido, sonreían é iluminaban su rostro varonil de galo. En tanto, Muterel, con las piernas separadas y las manos á la espalda, á lo Napoleón, miraba cómo trabajaban sus obreros y cómo se elevaba la pila.

— ¡Animo, muchachos!, gritó de pronto el apilador; veo que por allá abajo nos traen la comida.

Al mismo tiempo percibióse un rumor de ruedas á lo lejos, y en el camino, viniendo de la granja, cuyas construcciones blanqueaban en medio de la llanura, apareció un carrito.

— Es el ama que nos trae de beber. ¡Iza, Juan Pablo!, gritó el gigante de la plataforma.

— ¡No tengas cuidado, contestó Juan Pablo desde el vehículo; todavía faltan cuarenta; tú eres quien ha de darse prisa!

Y apresurando el compás, comenzó á bombardear la plataforma con las gavillas, que en seguida de enganchadas eran enviadas una tras otra al apilador; este último las cogía, las tumbaba, y saltando por encima como una rana, fatigábase sin poder ir bastante de prisa, por lo cual se burlaban de él los otros dos gavilleros. Muterel se reía silenciosamente, pareciéndole que aquellos hombres que se derrengaban á fin de poder beber antes eran muy agradecidos, y calculando que así se haría el trabajo más de prisa.

— ¡Hola, buenos días, Juanita!, exclamó corriendo presuroso hacia el carrito que llegaba.

Y quiso ayudarla á bajar; pero la joven le dió los panes, el tocino y la cántara de sidra, y saltó á tierra antes de que él pudiera desembarazarse de aquellos objetos.

— ¿Cómo sigue el tío?, preguntó dejando las provisiones junto á la pila.

— No sigue mal. Le encontrará usted haciendo ligaduras en el cobertizo. ¡Eh, Pedro, ata mi burro, no sea que se marche como la otra vez!

Mientras el carretero ataba el burro, Juan Pablo pasó la última gavilla, y descargando dos golpes sobre el suelo de la carreta para demostrar que estaba vacía, bajó por la rueda; mientras los dos hombres que trabajaban en el montón bajaban ligeramente por la escalera.

En un abrir y cerrar de ojos cada cual estuvo sentado á la sombra de la pila; la botella, de abultada forma, vertió su sidra á la redonda; el pan, cortado en grandes rebanadas, estrechó grandes pedazos de tocino, y los obreros, cansados de sol y doloridos por el peso de las gavillas, saborearon un rato el alimento y el reposo.

— Voy á los Muriaux, dijo Muterel, y si usted me lo permite subiré en el carrito.

— Es que... no vuelvo ahora á la granja, contestó Juanita; tengo que ir á buscar hierba para mis conejos, y necesito por lo menos una hora.

— Y si la ayudasen á coger la hierba, ¿no acabaría antes?

— Pero usted no querrá ayudarme, primo mío, porque se reirían de usted.

Muterel se encogió de hombros, visiblemente enojado.

— ¡Vamos, contestó, está bien!; vaya usted á buscar las hierbas sola.

Y se alejó en dirección á la granja; pero había perdido su buen humor; andaba con paso nervioso; el despecho le hacía guiñar los ojos; y apenas contestaba al saludo de los segadores que, cerca de las construcciones, despejaban el último espacio de trigo.

II

En el fondo del patio, Juan Chantavoine, sentado en una silla vieja y delante de una gavilla de paja

estaba haciendo ligaduras. Entre sus dedos, con esa rapidez que solamente se adquiere por una larga práctica, los dos puñados de paja se anudaban cerca de la espiga; después probaba sobre su rodilla la fuerza de aquéllas, y las arrojaba una por una al montón común.

Absorto en esta ocupación no vió á su yerno que se acercaba, y estremeciése al sonido de su voz.

— Buenos días, padre Chantavoine. ¿Sigue usted tan bien como quiere?

— ¡Hola, eres tú! ¿Cómo es que no se te ha visto dos días hace?

— Tenía negocios que despachar. ¿Y la cosecha?

— La cosecha va bien; al fin de la semana concluiremos con el trigo; y en cuanto á las avenas, ya se siega, pero hay algunos espacios donde queda aún bastante verde.

— No será este año la avena lo que alcance el mejor precio. ¿No es verdad?

— ¡Ah! Seguramente que el trigo es mejor. El guano tiene la culpa, pues ha cortado las avenas á medida que iban creciendo.

— ¡Qué serie de desgracias!

Y Muterel, rodando un tonel vacío hasta llegar delante del haz de centeno, frente á su padre político, sentóse en él y comenzó á hacer ligaduras.

Durante algunos minutos los dos trabajaron sin decir palabra, y después reanudaron la conversación.

— ¿Va todo como tú quieres allá en Varencieres?, preguntó Chantavoine.

— No me quejo.

— ¿Has almacenado ya todo el trigo?

— Ayer se concluyó.

— Ahora sí que coges mucho, en Varencieres y aquí.

— Demasiado, y por eso quiero que esto cambie.

— ¿Hay alguna novedad?

— Sí que hay.

Chantavoine dirigió á su yerno una mirada interrogadora y tímida; pero Muterel parecía absorberse de nuevo en la confección de las ligaduras, y otra vez reinó el silencio. Sin embargo, el buen hombre se agitaba en su silla, visiblemente desconfiado é inquieto.

— Pero ¿qué hay de nuevo?, acabó por decir.

Muterel contaba sus ligaduras; formó un haz de ciento cuatro y le apoyó contra la pared del cobertizo. Después sentóse de nuevo en su tonel y se puso á trabajar otra vez. Sin atreverse á ser más indiscreto, Chantavoine se levantó y fué á buscar una nueva gavilla de centeno, la echó delante de sí para continuar su tarea, y esperó con resignación que su yerno tuviera á bien explicarse. Por fin, éste comenzó á decir con suavidad:

— He aquí la novedad. Ya sabe usted que el muchacho del padre Grelinet envidia mis tierras largo tiempo hace. Pues bien: ha venido á verme para arrendarlas.

— ¿Habrás fijado precio?

— He pedido ochenta francos por acre.

— ¿Le ha parecido demasiado?

— Seguramente; ha gritado que esto era desollar á las personas; pero yo le contesté que fuera á buscar de balde tierras como las mías á la puerta de la ciudad y en el estado de cultivo en que se hallan, tan fértiles que no necesitan estiércol. A esto me contestó: «No vengo á decirle que desprecio sus tierras; pero ochenta francos...»

— Es claro que son dinero...

— Debo advertirle que yo sabía que el hijo Malingard deseaba mis tierras también, y por eso dije á Grenilet: «No se apure usted; si le parece caro, no las tome.» Entonces, como sabía que Malingard buscaba lo mismo, se ha decidido.

— ¡Por ochenta francos?

— No he rebajado nada.

Chantavoine saltó entusiasmado sobre su silla.

— ¡Bien arrendado!, exclamó.

Y contempló con admiración á su yerno, que daba vueltas á sus ligaduras con aire triunfante.

Pero muy pronto tomó una expresión sombría.

— ¿Y qué harás ahora tú sin tierras?, preguntó.

— He lo aquí. Ya sabe usted que no tengo más que el cultivo en la cabeza. Tranchebize se muere; y las consecuencias de su muerte no serán de fijo malas para mí. Advierta usted, continuó, encendiendo otra vez su pipa y rodeándose de una nube de humo, que yo he querido ser más libre. Mis tierras están alquiladas, pero conservo mi casa de Varencieres, y ya me tiene usted hecho un burgués. En cuanto á los Muriaux, usted se halla aquí, y es un buen dependiente; si no fuera porque cultiva un poco á la antigua..., pero se le puede corregir de eso. Ahora, aunque ocupándome de la política, podré cuidar un poco estas tierras. ¡Oh! No se inquiete usted; no le mandaré delante de gente como á un criado.

Chantavoine inclinó la cabeza; hacía dos años que había aprendido á obedecer.

Muterel continuó:

— Y aun se me ha ocurrido una idea, y es la de venir aquí con Coralia hasta después de las labores; esto no me impedirá ocuparme de mis otros asuntos, y al mismo tiempo veré en qué estado se hallan las tierras. ¿No le conviene á usted vivir junto á su hija?

El buen hombre quedó inmóvil de gozo. ¡Iba á tener á Coralia en su casa! Ante esta sola idea, todas sus desconfianzas se desvanecieron.

— ¡En cuanto á eso, sí que me conviene! ¡Vamos, eres un buen muchacho!

— ¡Pardiez!

— ¿Y cuándo vendrá?

— Hablaremos de ello esta tarde. Por lo pronto me parece que es hora de ir á llevar las ligaduras á los trabajadores, pues ya habrán terminado su comida.

— ¡Vamos!, contestó alegremente Chantavoine.

Entre los dos llevaron á la balsa las ligaduras para mojarlas; después las amontonaron en una carreta, y Chantavoine partió, fustigando triunfalmente su jaco. Muterel, que se quedó solo en el patio, le miró alejarse, sonriendo con una expresión singular.

III

Sentado sobre los haces de ligaduras húmedas, Chantavoine atravesaba la llanura, insensible á los vaivenes que le hacían tambalearse de un lado á otro, y arreando de continuo á su caballo, que acostumbrado á una marcha más tranquila, galopaba con aire descontento. El buen hombre restallaba su látigo como si fuera un joven; y los trabajadores, que hacía dos años le veían siempre triste y adusto y cada día más achacoso por la vejez y el pesar, decíanse entre sí: «¿Qué tendrá hoy, qué tendrá hoy?»

Lo que tenía era que acababa de salir de un sueño, de una pesadilla que databa de dos años. Había vivido en la angustia, descontento de sí, avergonzado de la situación que su compromiso con Muterel le creara, sometido á su yerno, á quien odiaba, por el papel que él tuvo la debilidad de firmar, y abandonado de su hija que, cada vez más gran señora, había disminuído sus visitas hasta hacerlas muy raras, y apenas le miraba cuando en los días de mercado iba tímidamente á preguntar por ella en su hermosa casa de Varencieres. Había envejecido de una manera lastimosa; su carácter, naturalmente receloso y tímido, era ahora más sombrío; muy pronto vió en su yerno un amo, y se puso pasivamente bajo su dependencia, obedeciendo á sus menores órdenes. Temblaba cuando el otro iba á recorrer las tierras ó á ver los animales, y se mostraba temeroso é inquieto como un soldado en los días de revista. En vano Juanita le repetía que siempre era el dueño en su casa: la hostilidad de la joven respecto á Muterel, lejos de levantar su ánimo, le daba miedo.

¿Qué sería de él si separaban de su lado á Juanita? No ignoraba que se había tratado de ello; que Coralia estaba celosa de su prima; que la hubiera despedido á no ser por su esposo, el cual, si bien objeto de visible repulsión por parte de la joven, había tenido siempre para ella consideraciones que el buen hombre no se explicaba... Esta vergüenza, esta timidez, y sobre todo el profundo pesar de no verse amado de una hija á quien adoraba siempre, había minado la robusta salud de Chantavoine, el cual debió renunciar á las labores, á los acarros largos, á todo lo que se llama en las granjas trabajos de fatiga; y se acababa lentamente, poseído de un temor senil y disgustado de todo.

En esta triste disposición de ánimo se hallaba cuando oyó la proposición de Muterel; y de repente

se había erguido, galvanizado por una dicha inesperada, incapaz de reflexionar, con su pobre cerebro fatigado, sobre los motivos y las consecuencias de aquella nueva determinación, sin ver más que una cosa, que su hija, su Coralia, iba á vivir otra vez junto á él, que la vería diariamente, que sin duda él se había engañado, y que ella le amaba, puesto que consentía en vivir bajo el mismo techo. Este pensamiento desvaneció como por encanto las negras ideas que

— Sí, tío Juan...

— ¡Enhorabuena! Vuelve á casa, y dirás á mi yerno que regresaré en cuanto deje las ligaduras.

Y Chantavoine continuó su marcha al galope.

IV

Al entrar en el patio, Juanita divisó á Muterel de pie en el umbral de la casa; mas aparentando que no le veía, desenganchó el burro y empujóle hacia el establo. Después volvió á salir. En el patio estaba solo Muterel, al parecer espíandola. La joven para no quedar sola con aquel hombre, cogió una brazada de hierbas, corrió hacia sus conejos, y entretúvose con ellos cuanto la fué posible; pero nadie volvía, el tiempo pasaba, y era preciso preparar la cena. Entonces se decidió y dirigióse resueltamente á la casa.

Muterel se apartó para dejarla pasar; después entró en la sala detrás de la joven, sentóse junto á la chimenea, como un hombre cansado, y se absorbió al parecer en la contemplación de su pipa, que rellenaba meticulosamente. Pero su mirada, deslizándose astuta bajo los párpados á medio cerrar, seguía siempre á Juanita, que iba y venía por la habitación, para encender el hornillo, preparar la vajilla y colocar en el fuego la olla; y como continuaba su trabajo, aparentando siempre no verle, Muterel le dirigió al fin la palabra con dulzura, casi respetuosamente.

— ¿Ha encontrado usted al viejo en los campos?

Juanita contestó con un movimiento de cabeza.

— ¿Entonces le habrá dicho tal vez?..

— ¿Que iba usted á venir á los Muriaux? Sí, primo mío... Si no le sirve de molestia, hágame el favor

de colocarse al otro lado de la chimenea, porque aquí tapa el hornillo...

— Con mucho gusto. ¿Conque le ha dicho á usted lo que hay?.. Creo que esto ha complacido mucho al buen hombre.

Juanita se había acercado al hornillo con una cazuela llena de hojas de col cortadas, y comenzó á echarlas en la olla sin contestar á su primo.

— En fin..., continuó Muterel, hacía largo tiempo que se quejaba de no ver á su hija, y ahora la verá siempre; esto es lo que me ha decidido. ¿Le parece á usted una buena idea?

Juanita le miró; pero él evitaba encontrar sus ojos, y volviéndose un poco, cogió en el hogar con las tenazas una brasa pequeña, y aplicóla á su pipa. Entre tanto la joven miró hacia la ventana: el patio continuaba desierto.

— Diríase que á usted no le parece eso bien, prosiguió Muterel, levantando un poco la voz.

— ¿A mí?.. Yo no tengo opinión que dar.

— Sí, sí, yo quiero saber cuál es la de usted...

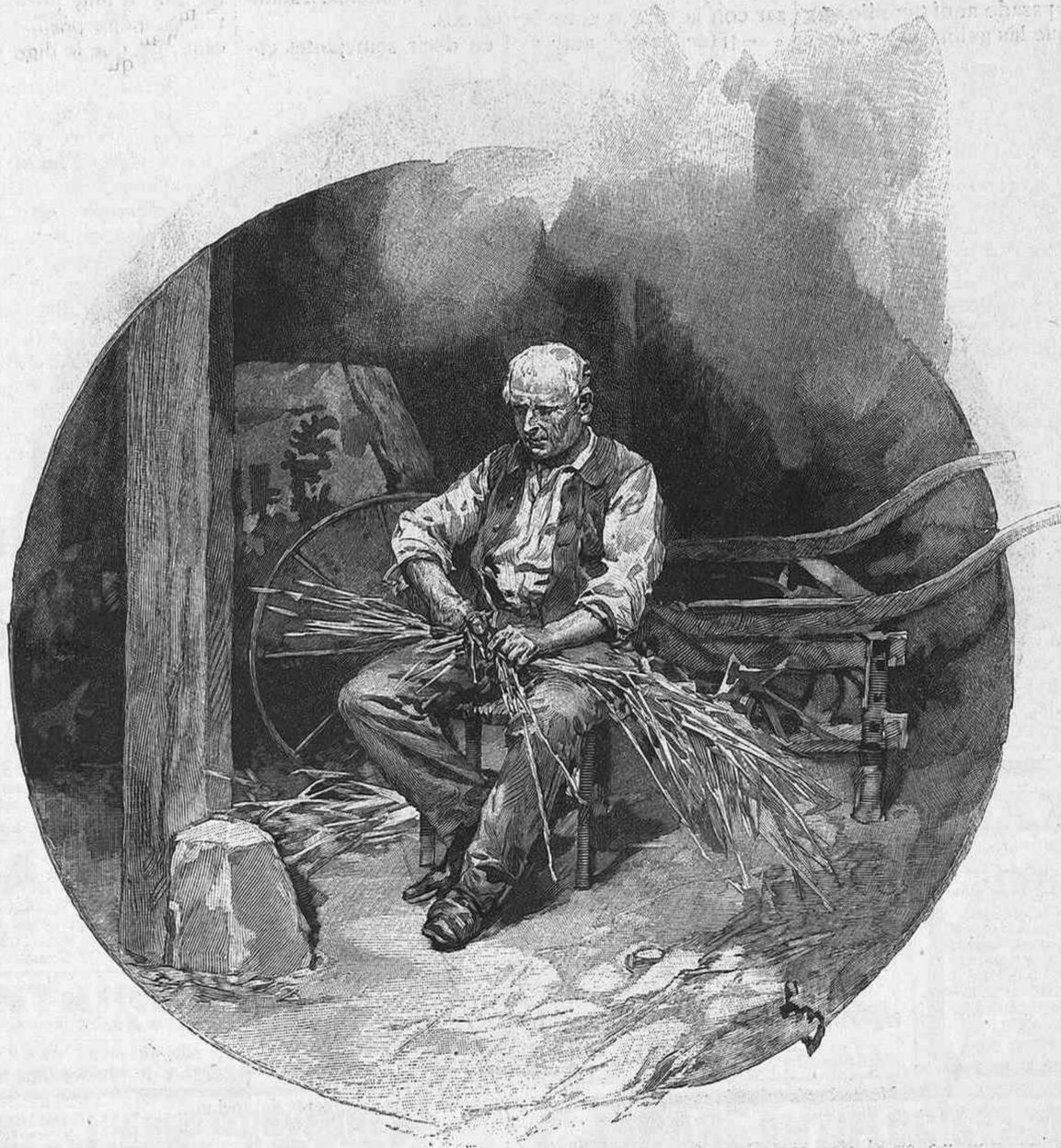
— ¿Y por qué? Bien sabe usted que yo no sé mentir.

— Eso significa que usted preferiría no vernos aquí. ¿No es verdad?

— Yo no digo eso.

— Escuche usted; si hay buenas razones, preciso es decírmelas, pues no soy hombre á quien no se pueda hablar. Yo hago esto para complacer al padre Chantavoine; pero si ha de causar molestia...

Muterel se había levantado, y acercóse á Juanita, que en aquel momento, ocupada en sacar de la alacena un pedazo de tocino, le volvía la espalda. Cogióla suavemente del brazo, pero la joven profirió un ligero grito; poco faltó para que el plato escapase de sus manos, y temblaba al dejarle sobre la mesa. Muterel permaneció un momento vacilante, y su rostro tomó



En el fondo del patio, Juan Chantavoine, sentado en una silla vieja, estaba haciendo ligaduras

aún le atormentaban aquella mañana, y cantaba alegremente con una voz á la que el temblor de la vejez comunicaba entonaciones ridículas, cuando se reunió con Juanita, que volvía en su pequeño vehículo lleno de hierbas, mecida por el suave trote de su borrico.

— ¡Juanita, gritó desde lejos, fustigando con fuerza su jaco, cada vez más aturdido por aquellos nuevos y desagradables tratamientos, eh, Juanita! ¡Detén un poco tu bestia, porque hay novedades!

Y cuando los dos vehículos estuvieron uno junto á otro, comenzó á decir con volubilidad:

— Escucha un momento: Coralia vendrá á vivir con nosotros, y van á quedarse en los Muriaux hasta el día de Todos Santos. Muterel me lo ha dicho. Es preciso preparar la habitación de la señora, y arreglar la salita de modo que se pueda colocar su piano si lo quiere. ¿Lo has oído bien? ¡Pues en marcha!.. Y bien, ¿qué hay? ¿Por qué abres así la boca? Diríase que te contrasta tener á tu prima en la granja.

— No, tío Juan, contestó la joven, haciendo un esfuerzo; pero me extraña tanto... ¿Y... van á quedarse largo tiempo?

— ¡Hasta el día de Todos Santos, ya te lo he dicho! ¿Te has quedado sorda?

— ¿Y... el Sr. Muterel... habitará con nosotros?

— ¡Toma, ya lo creo! ¿Crees tú que no seguirá á su mujer?

— ¿Y... van á venir muy pronto?

— Puesto que te dicen que lo arregles todo para su llegada, será porque no han de tardar mucho probablemente. ¡Vaya una cara que pones! Será preciso que la cambies, pues no te corresponde á ti ese ademán cuando yo estoy contento. Tal vez te parezca enojoso no ser ya el ama, pero no hay remedio; Coralia lo es. Bien sé que tu padre era mi hermano, por más que fuese un pobrete, y además... En fin, ya he dicho bastante. ¿Has comprendido?

una expresión de despecho; Juanita lo notó y esforzóse para sonreír.

- Me ha dado usted miedo, primo, dijo.

- ¡Ni que fuera usted una niña!, exclamó Muterel. Y con todo eso, no contesta usted á mi pregunta. ¿Qué mal hay en que Coralia y yo vengamos á vivir aquí? Veamos.

- Yo... temo por lo pronto que mi prima se aburra en los Muriaux.

- ¡Ah, ah!

- ¡Diantre! Cuando haya pasado aquí tan sólo una semana sin más compañía que las gallinas, las vacas y los patos, ¿cree usted que no echará de menos á las damas de Varencieres?

- Ya se acostumbrará.

- ¿Y además qué? Estará con su prima, y bien vale usted tanto como esas damas.

- ¡Oh, primo mío!.

- ¡Sí que vale usted tanto como todas ellas, y yo soy quien se lo digo!

Muterel se había acercado otra vez, con los ojos brillantes y la mirada vaga; pero Juanita, sin dejar de hablar, había interpuesto la mesa entre los dos.

- Usted se chancea, repuso, haciendo un esfuerzo; pero esto no impedirá que la señora Coralia se aburra, y mi tío Juan es quien se resentirá de ello.

Muterel no tenía ya su expresión plácida de antes; andaba por la sala, fumando nerviosamente, y su cara hinchada había tomado un tinte verdoso que obscurecía más el cerco amarillento de sus patillas. Detúvose de pronto, y después de sacudir su pipa en el suelo, la guardó en el bolsillo. Luego sonrió con expresión maligna.

- ¡Su tío Juan, su tío Juan! ¡Habla usted de él más de lo que en él piensa, Juanita!

- ¿Qué quiere usted decir?

- Quiero decir, contes-

tó Muterel con tono amenazador, que no es el tío Juan la causa de que usted no quiera que Coralia venga aquí.

- Pero, primo mío..., yo no tengo nada que desear... ¿No es usted el amo?

- ¡Sí que lo soy, y bien lo verá usted!

- Siga usted su camino, que bastante tiempo hace que conozco sus intenciones.

Muterel se contuvo, serenóse, tomó el aire de un hombre abatido, y dejándose caer sobre una silla exclamó:

- ¡Pues bien: no, yo no soy el amo! No lo soy, puesto que usted me tiene todavía mala voluntad. ¿Y qué me importa á mí mandar á los demás, sabiendo que está usted siempre contra mí? Por causa mía le disgusta á usted la llegada de mi esposa, porque yo estaré con ella... ¡Dígalo usted de una vez!

- Primo mío..., es verdad que..., pero es en interés de usted, porque teniendo tan elevada posición...

Juanita se interrumpió, no sabiendo ya qué decir; pero á punto de llorar, y volviendo hacia la extremidad de la mesa, midió la distancia que la separaba de la puerta.

- Sí, sí, continuó Muterel con expresión de amargura; vaya usted ahora á buscarme razones sobre mis asuntos. He aquí las cosas que la ocupan. ¡Qué desgracia, como si yo no supiera que usted me aborrece!

- ¡Oh, primo mío, si se pudiera decir!.

- La repito que me aborrece. ¡Ah, si fuera alguno á quien conozco muy bien el que hubiera de venir aquí, ya cambiaría usted de tono!

- No comprendo lo que usted dice.

- Si el vizconde la dijese: «Voy á venir á establecerme en los Muriaux.» ¡Ah, ah!, esto sería muy distinto, y bien se echa de ver en la cara que pone. Vamos, demasiado sabemos lo que ha mediado entre usted y el vizconde, y que no la besó por primera vez en mi boda. Yo sé quién podría decir lo que ocurrió el año pasado cuando daba usted vueltas alrededor del castillo...

- ¡No es verdad!, exclamó Juanita. ¡Usted sabe muy bien que no es verdad!

- Vaya usted á contar á otros que no es verdad, y no á mí. Ya se la conoce, pollita, y sabemos lo que se oculta tras esa gazmoñería. No viene el vizconde á pasar entre nosotros cada mes de septiembre solamente para cazar.

- ¡Le digo á usted que no es verdad!, repitió Juanita.

Y dejándose caer sobre el banco, comenzó á sollozar con la cabeza entre las manos.

- ¡Hace usted muy mal en decir semejantes co-

Juanita era valerosa, y en ella la indignación sustituyó muy pronto al miedo.

- ¿Por quién me toma usted, Sr. Muterel? ¡Procure usted recordar con quién habla!

Pero Muterel continuó con más dulzura aún:

- Usted no tiene un céntimo, y vive en nuestra casa de caridad; basta que levantemos el dedo para ponerla en medio del campo; Coralia, mi esposa, ha desconfiado siempre de usted, y el padre Chantavoine morirá muy pronto... Entonces no se hallará usted en mejor posición. ¡Vamos, no ha de llorar por eso!.. Lo que le digo es solamente con el fin de hacerle ver el motivo de la cosa. Y precisamente hallándose usted en situación tan crítica, resulta que me agrada del todo, á mí, que soy el jefe de la casa. ¿Cree usted que sea de despreciar un hombre como yo?

- Creo que un hombre como usted es ante todo un casado. ¿No tiene usted esposa? ¿Cuántas necesita usted?

- Ya le he dicho que usted es la que yo necesito.

- Advierta usted que soy honrada.

- ¡Qué desgracia que yo no sea vizconde!

- ¡Deje usted en paz á ese caballero; he sido honrada con él como con todo el mundo!

- Lo cual no impide que le ame usted más que á mí.

- Todo cabe en lo posible.

Muterel se había colocado delante de la puerta, cerrando la salida; estaba lívido y sus ojos llameaban.

- ¡Ah, esas tenemos!, gritó con voz estentórea. Ahora te burlas de mí; pero ya te he dicho que te quería; soy el amo, y vas á verlo.

- ¡Oh!

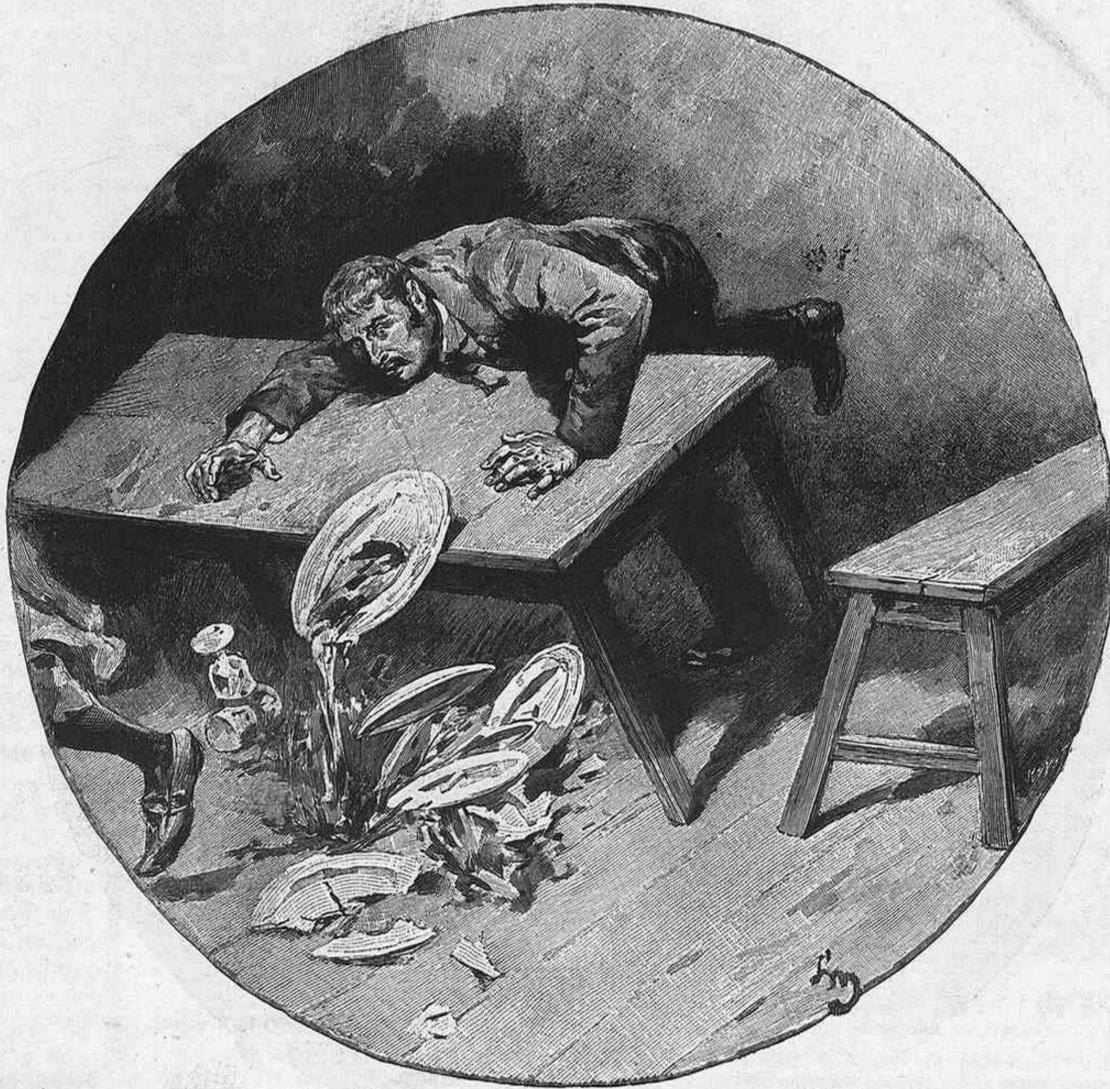
Muterel avanzó sobre la joven; la mesa los separaba, pero no era bastante ancha para que le impidiese cogerla; Juanita huyó gritando hasta la otra extremidad, perseguida por él en furiosa carrera, y como alargase la mano hacia la joven, ésta se esquivó, retrocedió después y pasó por delante de su perseguidor como una flecha; mientras que Muterel caía sobre la mesa con los brazos hacia adelante, derribando los platos, los vasos y la fuente del tocino, que rodaron por el suelo. Entonces Juanita, creyendo el instante propicio, saltó hacia la puerta; pero Muterel, que se había levantado prontamente, corrió de nuevo hacia ella, y cogiéndola del vestido, hízola volver por fuerza á la sala. La joven se defendió rudamente, y tuvo tiempo de darle varios vigorosos bofetones; pero él, más fuerte, la sujetó ambos brazos, doblegándola cual un tallo verde, y como comenzase á gritar pidiendo socorro, ahogó sus gritos con un beso brutal. Juanita seguía defendiéndose, y al fin se desahogó con un esfuerzo desesperado. Al mismo tiempo la puerta se abrió; Chantavoine apareció en el umbral, y antes de que Muterel se diera cuenta de lo que pasaba, la joven cayó en brazos del viejo sollozando.

- ¡Tío Juan, tío Juan!, murmuró.

Chantavoine se había apoyado en el quicio de la puerta, y Juanita, rodeándole el cuello con los brazos, ocultaba la cabeza sobre su pecho. El viejo parecía anonadado; sus ojos se abrían desmesuradamente; convulso por la sorpresa y la indignación, no podía articular palabra; con una mano se apoyaba en la pared, y agitaba la otra en el vacío.

Muterel había retrocedido vivamente; estaba cerca de la chimenea, inmóvil también, calculando qué actitud debía tomar; su rostro, descompuesto aún por la pasión, expresaba en aquel momento la cólera y el temor, haciéndole más repugnante las tumefacciones rojizas, señaladas por los bofetones de la joven, que le habían hinchado el ojo y la nariz; al fin, dando prueba de audacia, fué el primero en romper el silencio.

(Continuará)



Muterel caía sobre la mesa, derribando los platos, los vasos y la fuente del tocino...

sas! Dos años hace que no he visto al Sr. Santiago..., sí..., en la iglesia algunas veces..., pero ¡ni siquiera me ha mirado!

- ¡Toma, toma, casi se inclinaría uno á creer á usted, tan sólo por la tristeza que al parecer le causa que no haya fijado en usted la atención ese hermoso caballero! ¡He aquí lo que tiene dejarse besar por vizcondes! Viene el engreimiento, y la creencia de que un hombre como él puede amar á una muchacha como usted.

- ¡Ah, yo no lo he creído nunca, no, jamás!

- Y se desperdician las buenas ocasiones...

- ¿Qué ocasiones, primo?

Muterel no contestó al punto; dió algunos pasos silenciosamente, girando sobre sí mismo, y sin apartar la vista de Juanita, mirándola como el gato que acecha un ratón. Al mismo tiempo desvaneciase de su rostro la expresión amenazadora, sustituyéndola poco á poco su aspecto bonachón.

Pasó lentamente por detrás de la mesa como para sentarse en el banco que estaba junto á Juanita; pero ésta se levantó cual movida por un resorte, y huyó hasta la otra extremidad. Una nueva expresión de despecho crispó los labios delgados de Muterel, que volvió vivamente al centro de la sala, lo cual hizo comprender á Juanita que la vigilaba, que no podría salir, y que la escena no había terminado aún.

- ¡Ah, Juanita, dijo con tono meloso, si usted hubiera querido... sería el ama aquí, y tendría una buena posición! No la hubiera negado yo á usted nada. ¿Por qué me ha tratado con tanta dureza la primera vez que le hablé de amistad?

Juanita se irguió, estremecida por un indecible terror.

- No hablemos de eso, primo, balbuceó, se lo ruego.

- Opino por el contrario, que es preciso hablar de ello. Puedo siempre darle una posición. ¿Y qué la pido en cambio? Nada más que un poco de complacencia.

raba, pero no era bastante ancha para que le impidiese cogerla; Juanita huyó gritando hasta la otra extremidad, perseguida por él en furiosa carrera, y como alargase la mano hacia la joven, ésta se esquivó, retrocedió después y pasó por delante de su perseguidor como una flecha; mientras que Muterel caía sobre la mesa con los brazos hacia adelante, derribando los platos, los vasos y la fuente del tocino, que rodaron por el suelo. Entonces Juanita, creyendo el instante propicio, saltó hacia la puerta; pero Muterel, que se había levantado prontamente, corrió de nuevo hacia ella, y cogiéndola del vestido, hízola volver por fuerza á la sala. La joven se defendió rudamente, y tuvo tiempo de darle varios vigorosos bofetones; pero él, más fuerte, la sujetó ambos brazos, doblegándola cual un tallo verde, y como comenzase á gritar pidiendo socorro, ahogó sus gritos con un beso brutal. Juanita seguía defendiéndose, y al fin se desahogó con un esfuerzo desesperado. Al mismo tiempo la puerta se abrió; Chantavoine apareció en el umbral, y antes de que Muterel se diera cuenta de lo que pasaba, la joven cayó en brazos del viejo sollozando.

- ¡Tío Juan, tío Juan!, murmuró.

Chantavoine se había apoyado en el quicio de la puerta, y Juanita, rodeándole el cuello con los brazos, ocultaba la cabeza sobre su pecho. El viejo parecía anonadado; sus ojos se abrían desmesuradamente; convulso por la sorpresa y la indignación, no podía articular palabra; con una mano se apoyaba en la pared, y agitaba la otra en el vacío.

Muterel había retrocedido vivamente; estaba cerca de la chimenea, inmóvil también, calculando qué actitud debía tomar; su rostro, descompuesto aún por la pasión, expresaba en aquel momento la cólera y el temor, haciéndole más repugnante las tumefacciones rojizas, señaladas por los bofetones de la joven, que le habían hinchado el ojo y la nariz; al fin, dando prueba de audacia, fué el primero en romper el silencio.

(Continuará)

RODOLFO FERRARI,

actual director de orquesta del Gran Teatro del Liceo

El maestro Rodolfo Ferrari, cuyo retrato acompaña á estas líneas, es natural de Bolonia, ciudad en la cual hizo sus estudios musicales con verdadero afán y entusiasta asiduidad, obteniendo de ellos tan provechosos frutos, que puede decirse que empezó su carrera artística por donde otros la concluyen, pues muy joven aún logró verse al frente de diferentes orquestas. Sus conocimientos en el arte que profesa, el entrañable cariño que le tiene y el nombre que poco á poco fué adquiriendo han hecho que como maestro director y concertador figurara á la cabeza de las orquestas de los principales teatros de Europa, y en calidad de tal ha sido contratado en algunos de Italia, en los de Francfort, Berlín, Viena, París, Londres, Lisboa, dos temporadas en el de la *Scala* de Milán, y en la anterior y la presente en nuestro Liceo, donde ha sabido granjearse generales simpatías. Modesto cuanto inteligente, si anhela los aplausos del público cuando son justos y sinceros, rehuye los apasionados ó en que se revele alguna parcialidad y es enemigo declarado de toda *claque*, por creer, y con razón, que estos aplausos hacen desmerecer al artista que en su talento fía y se somete de buen grado al concepto que de él puedan formar los públicos.



RODOLFO FERRARI,
actual director de orquesta del Gran Teatro del Liceo

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

PAÍS VASCO, CROQUIS DE ÁLBUM, por *D. de Regoyos*. — El conocido dibujante Sr. Regoyos acaba de publicar con este título una colección de quince interesantes croquis que reproducen escenas de costumbres de las Provincias Vascongadas, y que están muy bien tirados en varias tintas en los talleres de artes gráficas que tiene D. Federico Alvarez en Tolosa.

LA GRAN REVISTA. — Los últimos números de este periódico limeño contienen abundantes grabados y notables artículos y poesías de Barreto, Santos Chocano, García Cisneros, San Juan, Vivero, Amézaga, Lugones, Fianson, Balna, Moncloa, Elías Corpancho, Espinosa, Rey Castro, Heredia, Prado, Chávez, Llona, Criado, Tovar, Whilar y Cisneros. El número de septiembre está dedicado á celebrar la coronación del poeta nacional Luis Benjamín Cisneros, celebrada con gran solemnidad en el Ateneo de Lima.

ORTOGRAFÍA CASTELLANA, por *D. Domingo Cabré y Estany*. — Esta obra, tercer volumen de la Biblioteca Comercial, se ocupa del empleo de las letras y de las reglas de puntuación y acentuación, con especial referencia á los documentos mercantiles, siendo por consiguiente de gran utilidad para los empleados de escritorio y para los comerciantes extranjeros que han de escribir en lengua española. Véndese á dos pesetas en la Administración de «El Consultor Mercantil é Industrial,» Ronda de la Universidad, 3. 3.

LA ILUSTRACIÓN DEL PACÍFICO. — El último número de esta revista quincenal que se publica en Guatemala contiene interesantes artículos de Triveley, Mixco, Gómez Carrillo y Macías del Real y muchos é interesantes grabados.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL Ó LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FARMACIA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK
Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones (curados ó prevenidos).
Rótulo adjunto en 4 colores
PARIS: Farmacia LEROY
Y en todas las Farmacias.

SIMIENTE DE LINO TARIN
Preparado especial para combatir con suceso
Los Estreñimientos, Colicos, Bochornos y las Enfermedades del Hígado y de la Vejiga (Exigir la marca de «la Mujer de 3 piernas».)
Una cucharada por la mañana y otra por la noche en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche
La Cajita : 1 fr. 30

POMADA FONTAINE
Son sus efectos admirables contra el Sarpullido, Eczema, los Sabañones, las Almorranas, los Barros de la cara, la Inflamación de los parpados, Caspa y Caída del pelo. — Fricciones ligeras por la noche.
El Boto : 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.

JABON FONTAINE Excelente auxiliar de la POMADA FONTAINE
La Bola : 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.

TARIN, Farmacéutico de 1ª Clase, ex-Interno de los Hospitales
PARIS. — 9, place de Petits-Pères, 9, y todas las farmacias

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS
FABRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — PRECIO : 12 REALES.
Esigir en el rótulo a firma
Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

Jarabe de Digital de LABELONYE
contra las diversas Afeciones del Corazon, Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
Empleado con el mejor éxito

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Graageas de BERTOTINA BONJEAN
HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Graageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fábrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de aboboles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

CEREBRINA
REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS y NEURALGIAS
Suprime los Cólicos periódicos
E. FOURNIER Farm^o 114, Rue de Provence, en PARIS
la MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
Desconfiar de las Imitaciones.

PILDORAS Y JARABE de BLANCARD
con Ioduro de Hierro inalterable
CONTRA
la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Opilacion, la Escrófula, etc.
Esigir el Producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas
40, Rue Bonaparte, en Paris.
Precio: PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
En Polvos y Cigarrillos
Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.
25 años de éxito. Med. Oro y Plata
J. FERRÉ y C^{ia}, Vicos, 102, B. Richelieu, Paris.

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
El Mismo con IODURO DE POTASIO
Empleado como tratamiento complementario del ASMA, este Medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades Específicas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculós. Folleto según los últimos trabajos de MÉDICOS ESPECIALES.
CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.

MÈRE DE CHANTILLY
ORLÈANS - FRANCE

UNGUENTO ROJO MÈRE
CURACION RÁPIDA Y SEGURA DE LAS
Cojeras - Alcance - Esguinces - Agriones
Infiltraciones y Derrames articulares
Corvazas - Sobrehuesos y Esparavanes
Los efectos de este medicamento pueden graduarse á voluntad, sin que ocasione la caída del pelo ni deje cicatrices indelebiles; sus resultados beneficiosos se estendien á todos los animales.

BLACK MIXTURE MÈRE
BALSAMO CICATRIZANTE
Para toda clase de Heridas y Mataduras de los Animales.
EN TODAS LAS DROGUERIAS

de los **EL APIOL** Dres **JORET Y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

INSTALACIÓN

DEL ENCUADERNADOR Y LITÓGRAFO

D. HERMENEGILDO MIRALLES

en la Exposición de industrias modernas

Una de las instalaciones que llaman con justicia la atención en la citada exposición actualmente abierta en Madrid es la que representa el grabado adjunto y que pertenece al mencionado industrial. Dispuesta con gusto y elegancia, figuran en ella variadas muestras de todos los productos que salen del establecimiento del Sr. Miralles, distinguiéndose por su verdadero mérito sus encuadernaciones, ora lujosas, ora sencillas, pero todas artísticas; los azulejos, fuentes y platos de cartón piedra; la infinita variedad de trabajos litográficos en colores, que ha llevado á una notable perfección, así como los Panoramas de Monserrat, de Santiago y Nacional que ha publicado con aceptación general.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

ALBUM SALÓN. — El Centro editorial de D. Miguel Seguí ha publicado el primer número de una Revista ibero-americana de literatura y arte, titulada *Album salón*. Dicho número contiene, además de algunas páginas de texto y de varios grabados, cinco láminas en colores. Cada número cuesta una peseta y se suscribe en las principales librerías y centros de suscripciones.

LA ILUSTRACIÓN DEL PACÍFICO. — En los últimos números de esta revista guatemalteca se insertan notables trabajos y multitud de interesantes grabados.



Instalación del encuadernador y litógrafo de Barcelona D. Hermenegildo Miralles en la Exposición de industrias modernas que se celebra en Madrid

AMÉRICA EN FIN DE SIGLO, por la Baronesa de Wilson. — La infatigable viajera é ilustre escritora Sra. Baronesa de Wilson acaba de publicar un nuevo libro, dedicado, como su título indica, á esa América que tantas muestras de consideración le ha dado en el largo período de sus peregrinaciones, en donde tanto se la estima y respeta. La nueva producción de tan distinguida dama es un conjunto de cuadros, expuestos con galanura, de las transformaciones operadas en los Estados hispano-americanos en las postrimerías del presente siglo; la grandiosa obra social y política que informa la vida actual de aquellos pueblos, y el avance que todos ellos han dado en la anchurosa vía del progreso.

América en fin de siglo es un nuevo y valioso servicio que acaba de prestar á los pueblos americanos la Baronesa de Wilson y una muestra del cariño que profesa á aquellos países, en donde se han deslizado, entre aplausos y homenajes rendidos á su ingenio, los mejores años de su laboriosa existencia.

LA REVISTA MÉDICA DE PUERTO RICO. — El último número de este periódico científico y profesional de Puerto Rico contiene trabajos interesantes de D. Francisco Baixauli, A. Lutaud y G. Sanarelli.

EL DESCUAJE DE LOS BOSQUES aumenta la cantidad de agua de los manantiales que brotan de su seno y disminuye la de las lluvias que caen en su localidad, por el Dr. Manuel Sol. — Digno de estudio para los agricultores es el tema que el doctor salvadoreño Sr. Sol desarrolla en el folleto que nos ocupa: no pudiendo analizar detenidamente este trabajo, diremos sólo que el autor demuestra su tesis con razonamientos y con hechos comprobados. El folleto ha sido impreso en la imprenta Nacional de San Salvador.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS DOCTORES JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

UNGUENTO ROJO MÉRÉ
 DE CHANTILLY
CURACIÓN SIN TRAZAS
 DE LAS ENFERMEDADES DE LAS
PIERNAS DE LOS CABALLOS
 FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLÉANS

5 fr.
 en Paris
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 CANDES etc.
 B^o St-Denis, 36

VINO AROUD
 MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso **REGENERADOR** prescrito por los **MÉDICOS**.
 DOS FÓRMULAS:
 I — **CARNE - QUINA**
 En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.
 II — **CARNE-QUINA-HIERRO**
 En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.
 Estas dos fórmulas existen también bajo forma de **Jarabes** de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.
CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

ENFERMEDADES
ESTÓMAGO
 PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 en BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 22b, DETHAN, Farmacéutico en PARIS

Agua Léchelle
HEMOSTÁTICA. — Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa.
 DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.

ENFERMEDADES del ESTÓMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^o CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1847 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
 GASTRITIS - GASTRALGIAS
 DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
 FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
 ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT
 VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT
 POLVOS. . . de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

NUEVOS PERFUMES
 para el pañuelo
 de **RIGAUD y C^{ia}**
VIOLETA BLANCA
 Perfumes de Birmania.
 Flores de Auvernia.
 Luis XV. — Lucrecia.
 Ascanio. — Ylang Ylang.
 Graciosa. — Rosina.
 Melati de China.
 Lilas de Persia.
 JABONES y POLVOS de ARROZ á los MISMOS OLORES
 8, rue Vivienne, à PARIS

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEHAUT
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

CARRERAS-CAZA
EMBROCCACIÓN MÉRÉ de Chantilly
INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR
LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
 FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLÉANS

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILLOVE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN